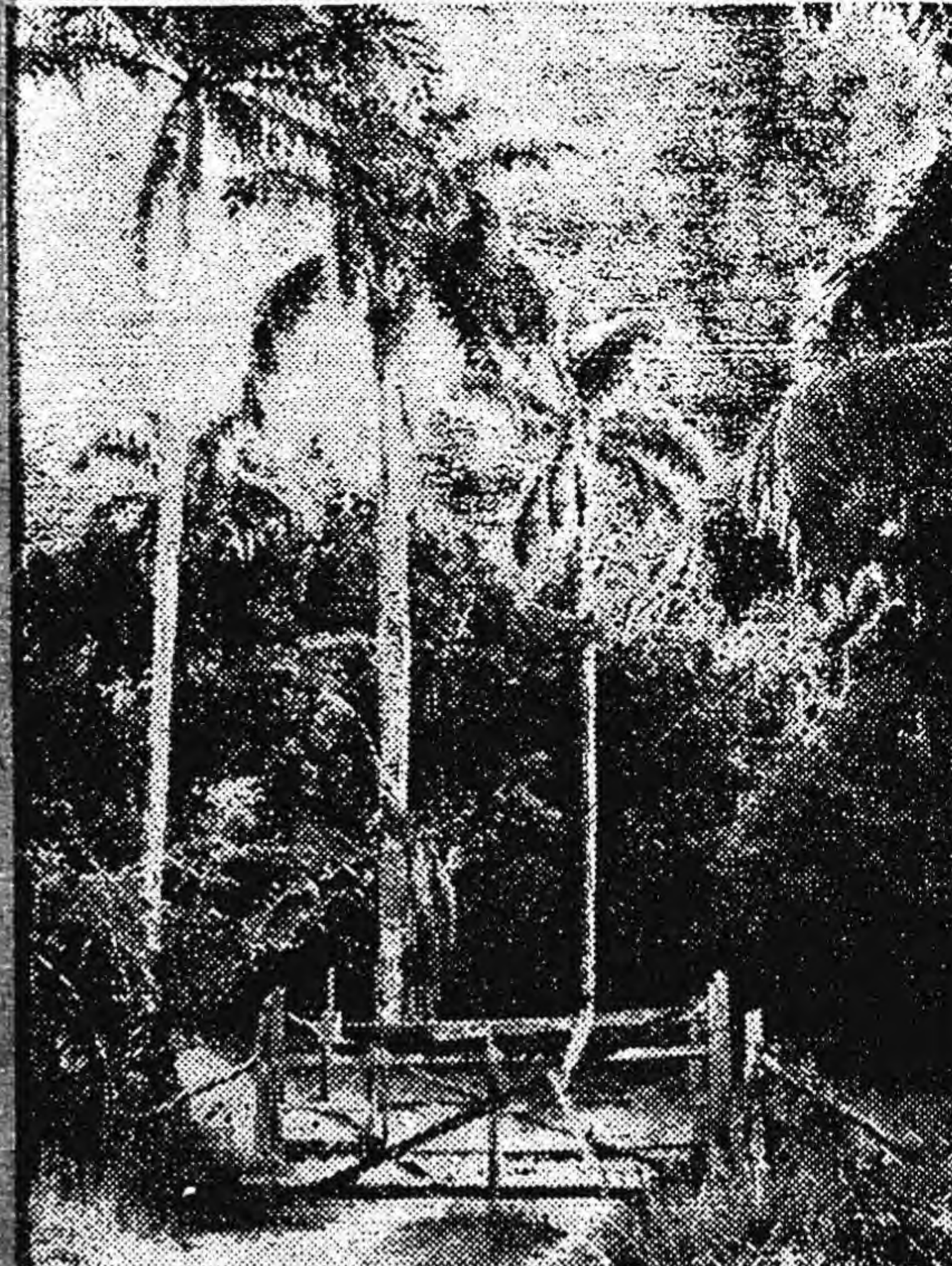
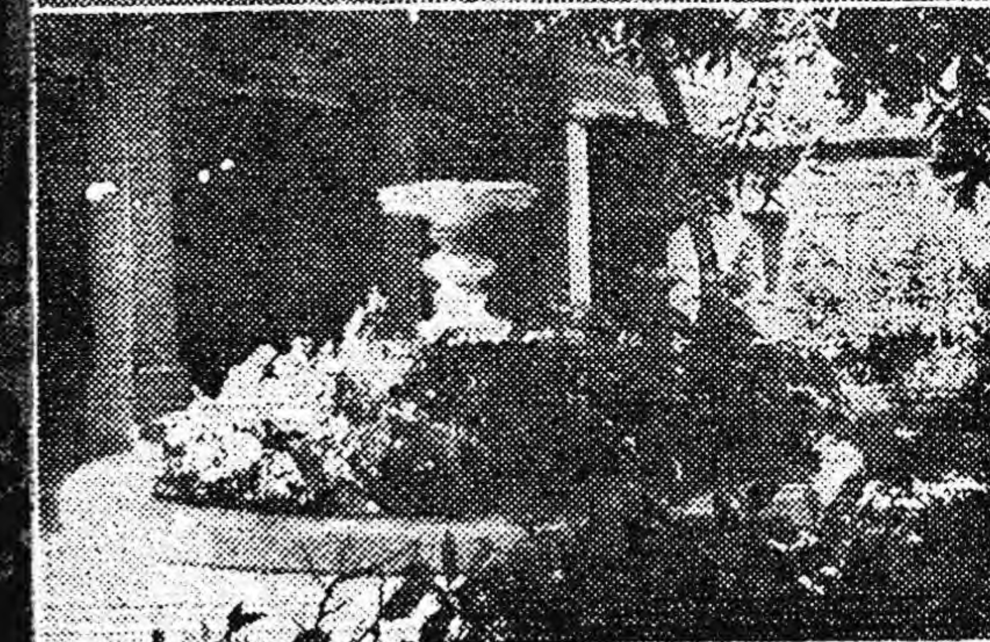
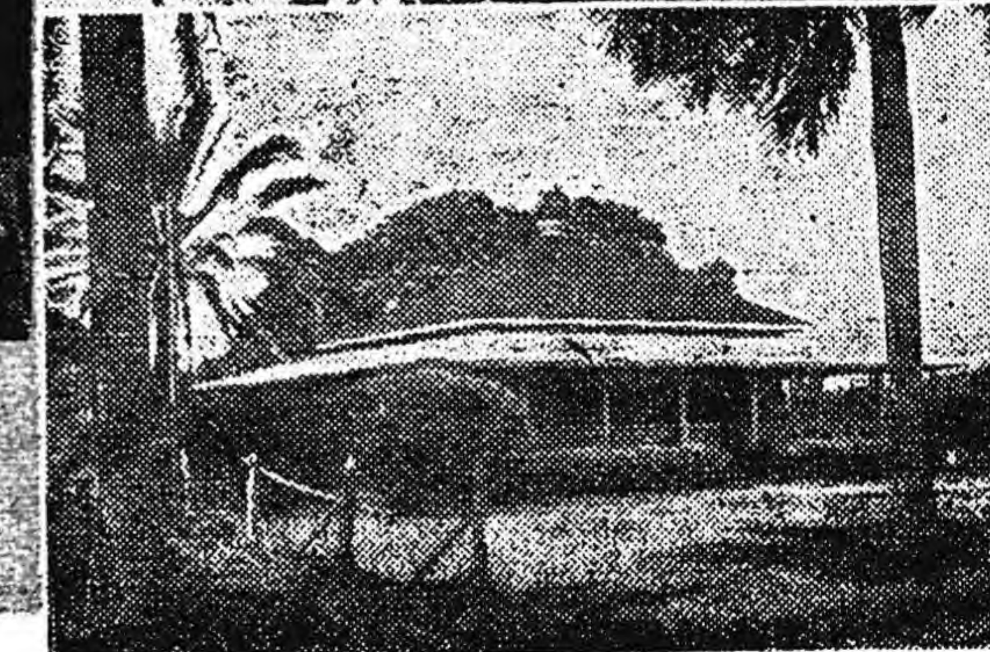
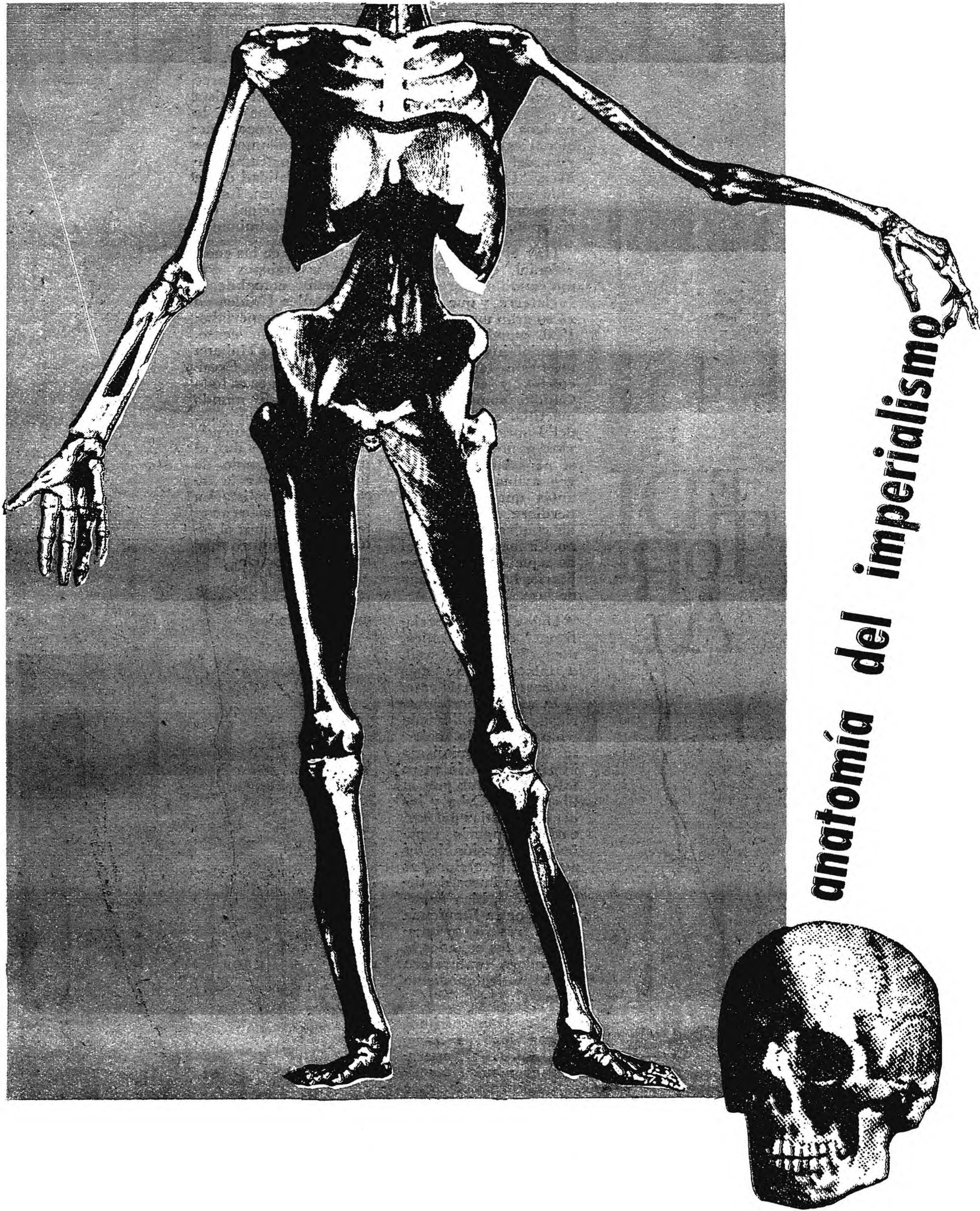




lunes de revolución lunes de revolución lunes de revolución

director: guillermo cabrera infante subdirector: pablo armando fernández director artístico: raúl martínez número 81, octubre 17, 1960 Este número estuvo a cargo de Calvert Casey y Saul Landau

EDITORIAL

Empeñados como estamos en una lucha sin cuartel contra las fuerzas del imperialismo, a pocas horas del éxito de las milicias obreras y campesinas y del Ejército Rebelde contra los núcleos contrarrevolucionarios y mercenarios del Escambray y Moa, "Lunes" ha querido analizar a fondo el fenómeno del imperialismo.

Hay el imperialismo colonial, que tuvo como caudillo supremo a Inglaterra, y que alcanzó su gran momento en 1920, cuando el mundo colonial inglés parecía un hecho inmutable y eterno, y el abogado Gandhi comenzaba a martillar en la muralla del Imperio con solitarios ayunos. Entonces se pensaba que el magro ayunador moriría antes que el Imperio perdiera una sola yarda cuadrada de terreno. La fuerza espiritual de aquellos ayunos solitarios levantó la India de hoy.

Hay el otro imperialismo, el económico, menos burdo, más sutil, e inmensamente más poderoso y persistente. A la versión norteamericana se le ha llamado con profundo acierto "el anticolonialismo imperial". Nació entre falsas protestas por la libertad de Cuba y las demás colonias del casi extinto imperio español. La invasión de los decididos inversionistas rubios, en busca de tierra barata, bien protegidos por la Enmienda Platt reveló prontamente a los cubanos la verdadera naturaleza del anticolonialismo imperial.

Nosotros sufrimos ambos tipos de imperialismo. A la penetración económica descrita magistralmente por Leland Jenks en "Nuestra colonia de Cuba", siguió la cultural, irresistible. El utilitarismo pasó a ser el ideal de la nueva República y de sus nuevas generaciones. ¿Qué prueba más palpable puede haber de esa penetración que el profundo cambio de *status* que sufrió el escritor, el artista cubano? La vocación artística y literaria llevaba consigo en nuestro siglo XIX el sello del respeto y el prestigio. El tránsito hacia la República y el ideal utilitarista, en 1902, marcó al escritor y al artista con el estigma de lo utópico y lo poco práctico. Imitábamos los valores norteamericanos con fidelidad digna de mejor causa. La copia del original era irresistible, fulminante.

A pesar de las enormes inversiones que realizan actualmente los Estados Unidos en Europa, el imperialismo asiste a su ocaso. La visita a La Habana de Sekou Touré, Presidente de Guinea es todo un símbolo. El mundo político africano nace a la vida con tremenda fuerza. Cuba da al mundo un ejemplo de lo que debe ser la lucha antiimperialista. La influencia de estos acontecimientos sobre el futuro sólo el futuro mismo podrá decirlo.

Los días del imperialismo están definitivamente contados.



SANGUILY Y EL IMPERIALISMO

El proyecto de ley presentado por Manuel Sanguily al Senado el 3 de marzo de 1903 agigantó la figura del viejo luchador de la Guerra Grande. De ese proyecto nada se dijo a las generaciones jóvenes en los colegios. Jamás nadie nos habló de él. Un investigador incansable de lo mejor de nuestro pasado, Emilio Roig de Leuchsenring, lo reprodujo textualmente en su admirable recopilación de los Trabajos de Manuel Sanguily. Imposible hablar de lucha contra el imperialismo en Cuba sin referirse a ese texto. "Lunes" vuelve a reproducirlo íntegramente, como homenaje al gran luchador. El proyecto no fue discutido por el Senado. Quedó sepultado en la Comisión de Códigos.



El senador que suscribe tiene el honor de ofrecer al Senado para su consideración las observaciones siguientes:

No hace muchos días publicaba la sección de un diario de esta ciudad, consagrada a la defensa de los intereses económicos del país, un artículo sin firma, pero del que se dice que está inspirado por el Círculo de Hacendados de La Habana, dando angustiosa voz de alarma ante los peligros que corremos a virtud de la irrupción de extranjeros que vienen a Cuba con el exclusivo objeto de adquirir a bajos precios porciones inmensas de tierra, y la prontitud con que sus dueños cubanos, por imprevisión o por ansia mal calculada de obtener dinero efectivo, se desprenden de su patrimonio.

Es fácil de notar el número considerable de extranjeros, en su mayor parte americanos del Norte, que llegan a La Habana y se derraman por el territorio de la Isla, con el propósito de adueñarse de la tierra. No pasa día sin que se sepa de enajenaciones a su favor, que se cuentan por millas o por cientos y aún miles de acres. Zonas inmensas, los alrededores de Nipe y de Bahía Honda, ambas orillas del Cauto, en extensión extraordinaria, han pasado a poder de los extraños. Muy recientemente se ha publicado la noticia de que un conocido hacendado acaba de traspasar a un comprador americano propiedades valiosas ubicadas en Holguín, hasta la cifra de setenta y cinco mil acres. Desde el pasado año anunciaban periódicos de la vecina república que el trust azucarero había aumentado sus fondos en unos quince millones de pesos que se destinarían a adquirir terrenos cubanos para la siembra de la caña y la fabricación de azúcar.

Ante este peligro pavoroso, el escrito a que se ha hecho referencia clamaba por la conservación del dominio de la tierra para los nativos; porque, a juicio del autor, si lo perdieran éstos, y, por la incesante inmigración de extraños y la preponderancia que habría de darles multitud de circunstancias favorables, perdieran también su lengua, llegaría para los cubanos la hora más crítica de su historia, la hora de la agonía y la extinción más ruín y vergonzosa; pues, sin duda ninguna, el predominio y la dirección en la esfera política, en todas partes corresponden a los dueños y señores de la tierra.

Al paso que se desenvuelve esta verdadera revolución económica, a que seguirán consiguientemente una revolución social y una revolución política, esto es, la transformación de la riqueza territorial con el traspaso de su propiedad y, por ende, la influencia inevitable de los poderosos extranjeros en la vida diaria, en el desgaste, en el descrédito y adulteración de nuestro idioma, y al cabo, en la legislación y la suerte definitiva del país cubano, muy pronto nos suscitarán problemas o complicaciones formidables, ante los cuales serían inútiles los lamentos, aunque no sería menos positiva y dolorosa nuestra impotencia para resolverlos como exige la preservación de nuestra nacionalidad.

Porque ahora es el momento más premioso —ya que acaso no sea demasiado tarde— para refrenar los apetitos desordenados y funestos, y contener la calculada y artera codicia que nos amenaza de ruina y descrédito al Congreso acude el que suscribe, para que interponga como un valladar su salvadora acción legislativa; y en tal concepto tiene el honor de reclamar la atención del Senado para que examine la actual situación del país y provea a su remedio en la forma y manera que considere más eficaz, estudiando y acordando lo que tenga por conveniente acerca del siguiente:

PROYECTO DE LEY

Art. 1ro. Desde esta fecha queda terminantemente prohibido todo contrato o pacto a virtud de los cuales se enajenen bienes a favor de extranjeros.

Art. 2o. Los que hasta la fecha se hubieren perfeccionado surtirán todos sus efectos legales.

Art. 3o. Los notarios que contravinieren las anteriores disposiciones serán perseguidos judicialmente.

Art. 4o. Los actos y contratos que se efectuaren contraviniendo lo anteriormente dispuesto son nulos y sin ningún valor.

Art. 5o. Las leyes penales que se dicten por el Congreso determinarán las responsabilidades en que incurrieren los notarios por la contravención de lo dispuesto en el Art. 3o.

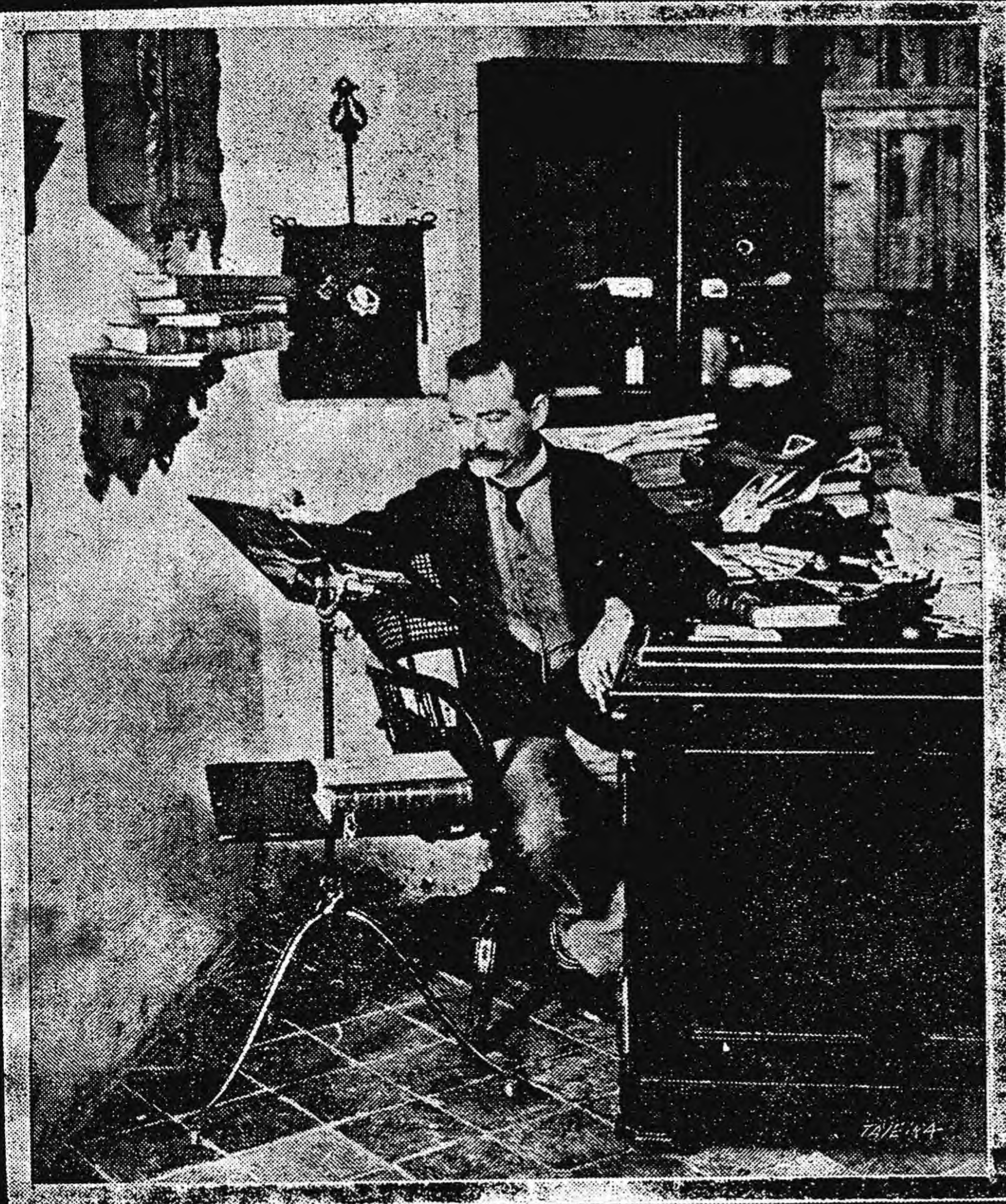
Art. 6o. Ningún extranjero ni ninguna sociedad extranjera, de cualquier clase y denominación que fuere, podrán fundar caseríos, poblados ni ciudades sin autorización previa del Congreso de la República, mediante información acerca de su conveniencia o necesidad.

Art. 7o. Los caseríos, poblados y ciudades establecidos con la autorización a que se refiere el artículo anterior, se regirán siempre por y conforme a las leyes de la República.

Art. 8o. Los caseríos construídos en los bateyes de los antiguos ingenios de azúcar, u otras cualesquiera fincas rústicas, cuya población no fuese inferior a doscientos cincuenta moradores, se incorporarán a los Ayuntamientos más próximos, de los cuales serán considerados como barrios, rigiéndose por las ordenanzas y disposiciones que aquéllos dictaren o estuviesen vigentes.

Art. 9o. Los poblados que pasasen de doscientos cincuenta moradores hasta mil, podrán constituírse en Municipios si lo recomendare la excesiva distancia de los Ayuntamientos más inmediatos. Los de mayor población hasta cuatro mil o más moradores solicitarán su constitución en Municipios conforme a las leyes de la República.

Palacio del Senado, marzo 3 de 1903,
Firmado: Manuel Sanguily.



Sanguily en su gabinete de trabajo, en Puentes Grandes

El Tratado de Reciprocidad no resuelve problemas económicos de Cuba, no los resuelve al menos como nos convendría a nosotros; sino que es por lo contrario —una perturbación más, un nuevo factor de confusión y de trastorno, acaso también motivo de la larga desesperación irrecusable de las clases de abajo, que llevan sobre sus hombros, y llevarán con mayor pesadumbre, el esplendor de las otras, y que al cabo —humildes y casi siempre ignoradas— son las que deciden en definitiva del destino de los pueblos; porque el problema de la reciprocidad como el problema nacional, el problema fundamental de la vida económica y de la vida independiente de los cubanos, está íntimamente relacionado con el problema de los *trusts* americanos. Primero poco a poco, y ya con rapidez alarmante, nos invaden esas asociaciones, como pulpos inmensos que se empeñan en recoger en sus tentáculos, para ahogar nuestra personalidad, cuantas manifestaciones reales y posibles consienten nuestra vida general y nuestra vida económica; y no os desentendáis de que esas combinaciones de capitales que se llaman *trusts* no existen ni podrían existir por la mera explotación de las industrias; sino que por fuerza han de vivir y sólo viven en razón de los privilegios que obtienen, por lo que de propia necesidad tienen que explotar al Estado, sujetándolo a su influencia y poderío corruptor.

Primer discurso contra el Tratado de Reciprocidad en el Senado, 9 de marzo de 1903.

Todos los días saltan de los vapores que vienen del Norte esos hombres de una raza magnífica, rozagantes, encendidos el rostro por el cierzo, llevando en la mano sólo una maleta pequeña de viaje; pero con la cartera repleta de billetes de banco y el corazón henchido de sangre impetuosa; paseando por nuestras estrechas calles sus miradas calculadoras; con una indiferencia inalterable hacia nosotros; alucinados con la Jauja que llevan en su fantasía; procurando comprar a vil precio tierras inmensas, favorecidos por la irreflexión o la adversa suerte de sus actuales poseedores, que se desprenden, por necesidad o por impaciencia, de su patrimonio; y luego, cuando todo lo posean, como es de temerse, pues que Oriente es casi suyo a estas horas, lo es el extremo occidental, lo son también las orillas del Cauto, los alrededores de la bahía de Nipe y Bahía Honda, ¿qué será de nosotros? Seremos impotentes y se repetirá la historia, la historia reciente de Hawaii. Pedirán los dueños de los ingenios el cabotaje con la nación vecina, y el cabotaje es imposible sin la incorporación de la isla de Cuba a los Estados Unidos.

Segundo discurso de Sanguily ante el Senado,
28 de marzo de 1903.

IMPERIALISMO Y SOCIOLOGIA

Enrique José Varona es, de nuestros escritores del siglo pasado, uno de los más informados. Al leerlo comprobamos que maneja un idioma internacional, que utiliza los términos filosóficos y científicos que creó su época. Esta conferencia, de la cual reproducimos los párrafos más importantes, suprimiendo la copiosa retórica del género, así lo evidencia. Fue pronunciada en 1905. Tal vez en ella encuentre el lector "profecías" que no se han cumplido. El imperialismo norteamericano llegó al "dominio político" entre nosotros, es decir, a ese refinado método de dominio político que se llama "el dollar". Pero Varona no está entre los que llaman las cosas por su nombre. La Intervención había terminado, pero había ocurrido, y él parece olvidarlo. No obstante esta cobardía, su estudio es un exponente de la preocupación de los cubanos ante el fenómeno del imperialismo. Quede como eso.

por Enrique José Varona

Deseando ajustarme a las necesidades de remover algunos problemas cubanos, he querido buscar uno de esos asuntos que reúnen a la par que el interés de ser materia de gran actualidad, el de prestarse a la forma de enseñanza a que me veo obligado. Por eso he escogido como tema de esta conferencia "el imperialismo", el gran problema planteado hoy, si no por primera vez a los ojos de los contemporáneos, por lo menos planteado con nueva forma. Y he querido al mismo tiempo estudiarlo, no como pueda hacerlo el político en la tribuna pública, el tribuno hablando a la multitud, sino como debe y tiene que hacerlo el profesor hablando a sus oyentes. Por eso mi tema es "el imperialismo", pero "estudiado a la luz de la sociologia"... Estudiado a la luz de una ciencia, cuya materia es antigua, como lo son las preocupaciones de los hombres agrupados para vivir en sociedad; aunque sea nuevo su nombre, y nuevos sus procedimientos de investigación. A la luz de una ciencia que hoy ocupa el primer plano de las preocupaciones de los hombres de saber, y que va extendiendo cada vez más su radio de acción, despertando el interés aun de los más alejados de esa disciplina.

Lo que llamamos hoy "el imperialismo", es un fenómeno muy antiguo al que se ha dado un nombre nuevo; porque debemos entender —por lo menos en el transcurso de esta conferencia—, por "imperialismo", la forma de crecimiento o integración de un grupo humano, cuando llega expresamente a tener la forma de dominación política, sobre otros grupos diversos, de distinto origen, próximos o distantes del núcleo principal.

Cuando un pueblo ha llegado a ciertas condiciones sociales, que en seguida enumeraré, no se limita a extender el radio de su acción en la forma de su antigua organización, a depósitos comerciales colocados a gran distancia del territorio nacional o de la metrópoli; acompaña, por lo general, al fenómeno de expansión, el de la dominación política. El pueblo o grupo primitivo conserva, o procura conservar, la dominación sobre aquellos territorios distantes a que ha extendido su influencia y a los que procura llevar sus leyes y su espíritu, entonces, estamos en presencia del fenómeno del "imperialismo". Para comprenderlo, para aclararlo, necesario es que diga las condiciones indispensables que permiten a un pueblo colocado a esa altura de crecimiento que supongo, desarrollar con éxito su expansión y constituir un imperio. Son tres condiciones indispensables. Primera: Crecimiento, aumento y reconcentración de su población. Segunda: Un desarrollo económico que permita la acumulación de capitales y su empleo en las distintas empresas que exige la colonización. Tercera y última: Una gran cultura superior mental. Sin estas condiciones, toda empresa imperial está condenada a fracasar.

Los dos grandes ejemplos, que hasta ahora conoce el mundo, de expansión imperial, han reunido esas condiciones. Como no conocemos lo presente por la luz que nos viene de lo pasado —aunque este sea un viejo y muy explicable error—, sino que conocemos lo pasado por la luz que nos da lo presente, lo inmediato, lo que nos rodea, en vez de entretener la atención de mis oyentes refiriendo y haciendo ver cómo el gran Imperio Romano realizó, en la forma que le permitía aquella época, estas condiciones primordiales de la expansión imperial, voy, por el contrario, a tomar como punto de partida y de comparación el otro ejemplo, porque está a nuestra vista, porque lo da un pueblo que crece a nuestros ojos, y porque su impulso está arrastrando al mundo en el mismo sentido de expansión: me refiero al pueblo inglés.

Inglaterra presenta el caso más cabal de expansión imperial que hasta ahora tenga noticias exactas el hombre; y desde luego, toda mi demostración ha de estribar en haceros ver cómo Inglaterra posee en grado sumo y realiza las condiciones que se exigen para que un movimiento de expansión imperial dé el fruto necesario que con ella se busca. Pero importa antes de seguir, y para mayor claridad de mi enunciación, que advirtamos lo siguiente:

A primera vista parece lo más sencillo, lo más natural, que la expansión se verifique primero, y antes que todo, partiendo del lugar que ha servido de asiento al pueblo que va a ser colonizador o conquistador, y ejerciéndose sobre los territorios inmediatos.

El crecimiento de Roma fue por continuidad en el territorio, primero a expensas de los pueblos próximos, después llevó su dominación a toda la península itálica; pasó a Sicilia y se extendió luego por España y las Galias, etc.; su desarrollo es bien conocido. La continuidad, aquí, es visible. En nuestro tiempo la expansión natural inmediata no es fenómeno desconocido, pero va siendo cada vez más excepcional la razón no es porque haya causas especiales, la causa siempre es la misma. La expansión se verifica invariablemente por la línea de menor resistencia. Roma logró una organización militar superior a la de los pueblos vecinos, por eso su expansión tomó la forma y dirección que acabo de indicar. Pero en estos tiempos hay muchos pueblos sólidamente organizados, que no dejan ver el lado flaco por donde puedan ser atacados, que no descubren fácilmente dónde tienen la línea de menor resistencia. Ya veremos en dónde se encuentra hoy esa línea para las expansiones imperiales, puesto que no es Inglaterra la única que aspira al título imperial y la que desarrolla esa política.

Decía, pues, que son condiciones imprescindibles que permiten una gran expansión, el crecimiento y la concentración de la población; y debo advertir que no entiendo por concentración de la población únicamente la densidad. Hay un punto más importante que ése, y que es al que principalmente se mira, desde el punto de vista sociológico. Desde luego, importan mucho la población absoluta y la población relativa de un país; veremos dentro de poco que a ese respecto Inglaterra presenta un ejemplo extraordinario; pero importa mucho más, lo que se ha llamado en nuestro tiempo la "concentración urbana", y sobre todo, en las grandes metrópolis. El fenómeno superior de la socialización, es el número cada vez más creciente de individuos que viven próximos unos a otros, formando las grandes ciudades; y en nuestro tiempo, con las facilidades de comunicación, con la atracción irresistible que ejercen, han merecido de un poeta ilustre el título de "ciudades tentaculares"; como si quisiera decir que atraen con sus tentáculos las fuerzas dispersas por los campos. Esta concentración, con todos sus inconvenientes, es, sin embargo, la que permite el desarrollo extraordinario de la civilización actual; son las metrópolis los grandes laboratorios, he dicho, del pensamiento director, y son, al mismo tiempo, los grandes laboratorios de la potencia económica de los pueblos, el asiento de las grandes instituciones de crédito, y centro de las grandes vías de comunicación; donde, en una palabra, palpita y se concentra toda la savia y toda la sangre de un cuerpo social.

El fenómeno de la urbanización, no está exento de grandes riesgos; pero si nosotros esparciéramos por un territorio cualquiera la población concentrada en las capitales y grandes ciudades, inmediatamente la veríamos bajar de su nivel social.

El indicio más claro que hoy tenemos para poder apreciar la potencia social de un pueblo, está precisamente en el número de sus grandes ciudades. A este respecto, la población del Reino Unido, la población que se concentra en esas dos islas, una bastante menor que Cuba, y la otra sólo dos veces mayor que Cuba, es en la actualidad de más de cuarenta y dos millones de habitantes, entre el campo y las ciudades, se presenta un fenómeno único en la Historia: el setenta por ciento de los habitantes del Reino Unido viven en ciudades, y sólo el treinta por ciento ocupa los campos. Y aquí considero a la par la población de la Gran Bretaña y la población de Irlanda; pero si descartamos a Irlanda y Escocia, el fenómeno se acentúa, porque en Inglaterra y Gales la población urbana llega al setenta y siete por ciento.

Y si consideramos, por otro aspecto el mismo fenómeno, si contamos con los verdaderos centros de atracción de la vitalidad social, que son —por un procedimiento artificial, desde luego— las ciudades mayores de cincuenta mil almas (y digo artificial porque se escoge este número, lo mismo que pudiera ser otro algo superior o inferior), las ciudades éstas son, solamente en Inglaterra, setenta y seis, y en las dos islas llegan a ochenta y cinco. Entre ellas se encuentran poblaciones que exceden de quinientos mil habitantes, y poblaciones que se aproximan al millón; y, sobre todo, se encuentran agrupados en esa enorme capital cuyos límites casi no se conocen, que casi se confunden con el condado que lleva su nombre, donde se mueven y agitan más de cuatro millones quinientos mil habitantes. Y esto refiriéndonos exclusivamente a lo que puede considerarse la ciudad y el condado de Londres, porque si añadimos los que se encuentran en el "Outer Ring" y forman con los primeros el "Greater London", entonces llega a seis millones ochocientos mil el número de los congregados en ese espacio. Y si queremos compendiar en una sola cifra la densidad de una población, me bastará decir que en Londres llega a más de treinta y ocho mil habitantes por milla cuadrada. Hasta hoy no se había presenciado jamás una concentración tan estupenda de fuerzas sociales.

Este es, pues, el primer requisito que necesita un pueblo para la expansión: población numerosa y concentrada.

Dije que la segunda condición era un gran desarrollo económico: el aprovechamiento de todas las fuerzas sociales al servicio de la producción de las utilidades, de su repartición y de su disfrute. La organización económica de Inglaterra presenta también un ejemplo único en la historia de la economía: es el pueblo, que ha realizado, y está realizando la forma más elevada de la evolución comercial. Hace mucho tiempo que dejó de ser Inglaterra un país agrícola; hace mucho tiempo, también, que pasó Inglaterra de la etapa del período industrial, Inglaterra se encuentra en pleno período comercial, que se caracteriza de esta suerte:

Importa los productos agrícolas y los paga con productos industriales.

Si el tiempo me alcanza, y lo procuraré, haré ver cómo la situación económica y la estructura económica de Inglaterra presentan el tipo opuesto a aquel en que nos encontramos nosotros. Para llegar al período comercial, se necesita elevarse al grado de producción sorprendente que constituye a Inglaterra en un inmenso taller, a donde van las materias primas adquiridas en toda la tierra para convertirse en los productos fabriles que pagan sus consumos. Situación sorprendente, que no deja de asustar a veces al pensador, cuando se advierte cómo es absolutamente necesario que no se rompa uno solo de los mil hilos sutiles que unen este gran centro con sus posesiones de todo el orbe, para que no se interrumpa un solo instante la vida concentrada en ese gran corazón. Este enorme desarrollo industrial supone la inmensa plétora de capitales circulantes que ofrece Inglaterra. ¿Quién ignora que es Inglaterra el gran mercado del dinero del mundo, la reguladora de todas las transacciones comerciales?

Pero también se necesitan otras condiciones, no menos importantes que las primeras. Aunque no podemos, de ninguna suerte, decir que sea Inglaterra la única que muestra este fenómeno, de extraordinaria concentración de habitantes y de sorprendente desarrollo económico, es indudable que su posición resulta excepcional a este respecto. Pero además se necesita una gran cultura, un alto nivel de civilización; puesto que esta sociedad asume el papel de directora, y para dirigir parece condición primera, no me atrevo a decir indispensable, el tener clara la vista y muy poblada de idea la mente. Esta sociedad, pues, que se presenta en la escena del mundo como directora, necesita una civilización en la forma de cultura mental. Yo no puedo en estos momentos detenerme a demostrar que Inglaterra, si no ocupa a este respecto la situación privilegiada que acabo de indicar, no es eclipsada por ninguna otra de las contemporáneas en su gran desarrollo de cultura política. A esto debe el haber ofrecido al mundo, con el imperio colonial más vasto, los más distinguidos y felices administradores de que pueda enorgullecerse ninguna otra nación; desde aquel famoso Lord Durham, de grata recordación para los americanos, hasta Sir Alfred Milner, cuya gestión en Egipto es una maravilla. Inglaterra ha podido enviar a un inmenso imperio hombres que han estado siempre a la altura de los difíciles empeños que se les han encomendado. Necesario me es no detenerme demasiado en estas consideraciones, por interesantes que pudieran parecer; vamos, pues, ahora, a considerar el otro aspecto del problema.

Nosotros vemos por estas rápidas pinceladas, qué fuerza humana pósee la mayor concentración de habitantes; la hemos de ver ahora en la obra de su expansión, al exterior. ¿Cuál será la línea de menor resistencia?

Sabemos, porque la historia de la Inglaterra colonial es bien conocida, en qué distintos lugares del planeta ha ido asegurando su dominio; pero no es esto lo que nos interesa en estos momentos. Vamos a considerar de preferencia su expansión más reciente. Esa inmensa zona, que se extiende treinta grados al norte y treinta grados al sur del Ecuador, es el gran campo actual de las empresas coloniales del mundo entero. Los países tropicales son, por circunstancias que señalaremos, los que presentan mayores atractivos al espíritu de empresa, y también la más débil resistencia al espíritu de expansión. Sí, esta hermosa zona, que puede ser cantada con tan bellos acentos por el poeta americano Bello, ofrece todas las materias primas que necesita y demanda la gran industria moderna.

Inglaterra gasta trescientos millones anuales en algodón, caucho, yute, marfil, plumas, goma, seda, caoba, etc.; ciento cinco millones en azúcar, café, tabaco, té y especias; y éstas son cifras muy significativas. En un tiempo Inglaterra contendió por el dominio de la América del Norte; en nuestros tiempos todas las guerras coloniales inglesas están circunscriptas por esa zona de sesenta grados a que he aludido. Baste decir que en un período de dieciséis años ha realizado Inglaterra en esta zona diecinueve anexiones; unas con el nombre franco de colonias; otras con el nombre de protectorados. Estas anexiones, producto de dieciséis años de esfuerzos por parte de la metrópoli, comprenden territorios como la Nigricia, que tiene cuatrocientas sesenta mil millas cuadradas; como el Africa oriental británica, que se extiende por ochocientas sesenta mil millas cuadradas; como el Sudán, que tiene novecientas cincuenta mil millas cuadradas y diez millones de habitantes, y como florón de esta corona, las históricas repúblicas de Orange Transvaal, con ciento cincuenta y siete mil millas cuadradas y un millón trescientos mil habitantes, que en su heroica lucha por la independencia se mostraron, y son realmente, excelentes tipos de la especie humana, moral y materialmente considerados. En estos dieciséis años, las anexiones inglesas han llegado a estas dos cifras, que por sí solas son demostrativas: tres millones setecientas once mil millas cuadradas de territorio y cincuenta y siete millones de habitantes; comprenderéis que dejo los residuos, porque cargarían inútilmente mi memoria, y por otra parte, no son indispensables a mi demostración.

Tres millones setecientas once mil millas cuadradas, parecen sólo números; pero si ponemos de un lado la extensión territorial de Europa, adquieren relieve; la extensión territorial de Europa, es de tres millones setecientas cincuenta y siete mil millas cuadradas; es decir, que en diez y seis años ha aumentado el imperio inglés en una proporción igual casi a Europa. Considerando el dominio británico actual, pasa de once millones setecientas mil millas cuadradas su territorio; es decir, tres veces, largas, el área de Europa; su población es de trescientos cinco millones, que casi equivalen a los trescientos cincuenta de Europa.

No quiere esto decir, desde luego, que tan inmensa área territorial, ni tan enorme población, puedan desarrollar con mucho la fuerza que desarrolla la población grandemente concentrada de Europa; pero estando, como está, la cabeza del imperio en pleno mundo europeo, disfrutando todas las ventajas de su civilización, esta fuerza bien dirigida presenta uno de los más grandes problemas, no de la Historia contemporánea, sino de la Historia del mundo en el pasado y en el porvenir próximo.

Veamos ahora si podemos explicarnos por qué ha tomado la expansión inglesa —y tratan de seguir sus huellas los otros imperios en formación—, por qué ha tomado la expansión imperial inglesa, digo, su campo en estas tierras tropicales. Las causas son de orden profundamente social, porque son de orden esencialmente económico.

Inglaterra había gozado de veinte años de inaudita prosperidad, poco después de mediado el siglo anterior; el primer campo de su expansión económica, por determinadas circunstancias, fue Europa. Pero Europa perfectamente organizada y altamente civilizada, ofrecía demasiada resistencia para su intento de dominación. En cambio, los ingleses fueron, si no los constructores materiales de todas las líneas férreas europeas, los que facilitaron buena parte del capital para ello.

La industria inglesa, especialmente la metalúrgica, encontró sus primeros mercados en las naciones europeas; pero nosotros conocemos el desarrollo moderno de esos pueblos, y sabemos cómo pronto dejaron de ser un campo para la expansión económica de Inglaterra. Aun los territorios más atrasados de Europa comenzaron a despertar a la vida industrial; y hoy, como no sean algunos de esos antiguos principados danubianos, convertidos en países autónomos e independientes, ya Europa está cerrada al influjo exclusivo de la fuerza económica de aquella nación. Ha sido necesario buscar desaguadero a su inmensa producción, buscar dónde emplear un capital ocioso, procurar que los múltiples productos de esa industria metalúrgica, que ocupa casi la cuarta parte del trabajo inglés, no se estancaran sin salida. Y estos pueblos tropicales, ricos en materias primas y productos agrícolas, con población en buena parte atrasada, presentaban mercado abierto y fácil de explotar, tierras donde extender los rieles, empleo, en fin, para ese capital ocioso, campo, en una palabra, para esa expansión económica, que ya se encontraba ahogada en las Islas.

Y entonces comenzó esa gran desviación de las corrientes comerciales de Inglaterra. En los últimos dieciséis años que hemos tomado de punto de comparación, si cotejamos el comercio de Inglaterra en sus colonias no situadas en las tierras tropicales, veremos que por ciertos de sus aspectos disminuye, mientras crece constantemente el comercio en las colonias situadas en esa zona a que me he referido. Pudiera leer las cifras, que tengo aquí a mano, pero no lo creo necesario; basta con decir que el tonelaje de los navíos ingleses, entrados y descargados, es actualmente mayor en estas colonias que en las primeras; basta con decir que el número de vías férreas construídas en los últimos años en estos territorios tropicales, llegan a la cifra de treinta mil millas; basta con decir que la invasión de capitales ingleses es infinitamente mayor en los países tropicales y subtropicales que en los otros. Así, por ejemplo, la India tiene tomados seiscientos millones de dólares a capitalistas ingleses; el Cabo y el

Natal, que por ciertas circunstancias deben ir con esas colonias, dados su población y los jornaleros que emplean, les deben ciento cincuenta millones, y las otras tierras de esa índole cincuenta millones.

Pudiera continuar una demostración que juzgo ociosa; pudiera haceros ver por qué son éstas las tierras que se brindan a esa explotación, y las que no pueden oponerle la única barrera posible: que es una civilización igual o aproximada; y me limitaré sólo a hacer ver cómo este gran movimiento no ha podido producirse sin cambios apreciables en las ideas reinantes en la metrópoli, sin doctrinas que hayan servido de base a este movimiento porque nada es más interesante de notar que la facilidad con que los hombres discurren teorías que vengan a dar forma de imperativo mental a las exigencias de la práctica. Inglaterra, llevada a esta expansión, ha encontrado pronto sus "teóricos de la expansión"; y los sabios, en sus laboratorios y gabinetes, como Darwin y Huxley, iban a dar armas que los partidarios de la conquista y la anexión sabrían tener afiladas y dispuestas; iban a servir de intérpretes a todas esas secretas necesidades que impulsaban a su pueblo. No he de detenerme en la exposición de las doctrinas que esparcieron los grandes hombres de la primera mitad del siglo pasado, y hacer notar cómo han cambiado ya, cómo la tierra misma del libre cambio parece aproximarse poco a poco a un nuevo sistema de mal disfrazado proteccionismo; y los hombres que proclamaron más alto los derechos de los oprimidos, aquellos mismos que realizaron lo que el historiador Lecky llamó "una de las tres o cuatro acciones completamente morales que han ejecutado los hombres en el transcurso de la historia", la campaña abolicionista, esos mismos sancionan el régimen del trabajo obligatorio en sus colonias del Cabo y del Natal, hasta el punto de introducirlo en Orange y el Transvaal, proclaman el derecho a la guerra y la conquista, con tanta fuerza y convicción, como el que fue el cerebro para la estrategia y el instrumento para la acción del Emperador Guillermo, el Mariscal Moltke. Leyendo a sus escritores actuales, a sus poetas y sus novelistas, puede notarse fácilmente el cambio que han sufrido las ideas inglesas; bastaría poner aquellas páginas que parecían bañadas de lo que llamó Shakespeare "la leche de la ternura humana", que escribió Dickens, al lado de las páginas que parecen grabadas en duro acero, que escribe el poeta y novelista del imperialismo, Rudyard Kipling. Basta con decir que al impulso de este gigantesco movimiento, todo va cambiando en la orientación mental del pueblo; y a la par que van sus ejércitos y sus comerciantes extendiendo su imperio, el pueblo de la metrópoli encuentra en sus sabios, en sus filósofos, en sus literatos, en sus políticos, los amamantadores de las ideas que han de poner en correspondencia su actividad con sus necesidades y aspiraciones.

Y, cual última demostración, vais ahora a ver cómo todo ese movimiento expansionista no ha sido la obra exclusiva de los conservadores ingleses. En todo el gran periodo de expansión, a partir de 1871, ha habido quince Ministerios "tories" y trece liberales. El gran defensor de los armenios, el ilustre Gladstone, aquel que en sus últimos tiempos abogó elocuentemente por la autonomía de Irlanda, no se dio menos prisa en ello que su gran émulo, Lord Salisbury. Basta recordar que gobernando Gladstone, pusieron los ingleses el pie en Egipto temporalmente, y no han encontrado aún modo de levantarlo. El último triunfo de su diplomacia ha traído la consagración de su prolongada ocupación. Paréceme que estas breves indicaciones bastan para hacer ver: primero, cómo se ha realizado el cúmulo de condiciones que han permitido esa extraordinaria expansión territorial; segundo, por qué ha tomado esa dirección; y, tercero, cómo han contribuido a ello las ideas del pueblo inglés, convertido al dogma del imperialismo.

Aunque Inglaterra se encuentra colocada a superior altura en el orden de la población, y en el orden económico; aunque esté su cultura en el primer plano y no sea inferior a ningún otro en nuestros tiempos, no podemos decir que sea el único pueblo que toma parte en este movimiento. Alemania procura hoy fundar un imperio colonial; lo procura Francia, que tiene ya tomadas sus posesiones en Africa y Asia, y lo procuran también los Estados Unidos de Norte América.

Se podría establecer un paralelo entre el imperialismo inglés y el incipiente imperialismo norteamericano; haciendo ver cómo causas semejantes en el fundamento, producen consecuencias semejantes. Las formas no son radicalmente las mismas; pero sí lo son las consecuencias. Los Estados Unidos en su expansión encontraron un territorio desocupado, y han ido paulatinamente ocupándolo; y, por circunstancias bien conocidas, por la colocación previa de las piezas del tablero político, su expansión hacia las tierras colocadas en los trópicos, ha tenido una forma nueva, y en cierto modo se ha detenido. En cierto modo, porque no tiene el aspecto de la dominación política; pero no se puede dejar de ver, y es bien fácil verlo, teniendo en cuenta lo que significa el desenvolvimiento reciente de la Doctrina Monroe, que los Estados Unidos han trazado una inmensa esfera de influencia en torno suyo, en que están comprendidos todos los países tropicales de América. Y no es lo más grave ni lo más importante que los Estados Unidos hayan trazado esa inmensa esfera de influencia en torno suyo; lo más importante es que Europa reconoce plenamente el hecho.

Para los países vecinos de la Unión Americana tiene importancia extrema conocer el fenómeno, y darse cuenta de su magnitud. Ningún pueblo más interesado que el nuestro en este estudio, porque nosotros nos encontramos precisamente con haber servido para la primera demostración, la más concluyente, al menos, de la forma que ha tomado la expansión americana en el cérebro de sus estadistas actuales. Es un problema, antes que todo, social; lo cual quiere decir que es un problema sometido a un determinismo que asusta, pero que es necesario conocer. Nosotros tenemos necesidad de sacar partido favorable a nuestra existencia, como grupo humano, de las condiciones sociales en que nos encontramos y que nos labremos; nosotros necesitamos mantener nuestra unidad política y étnica, frente a fuerzas tremendas que están en acción, que no se dirigen directamente contra nosotros, pero que pudieran en un día dirigirse; y, entonces, el problema se presentaría a mis ojos aterrador. Reducido a sus estrictos límites, puede condensarse así: Es necesario que no seamos nosotros una línea de menor resistencia. ¿Depende de nosotros? Sí; hasta donde es humano posible, diré que depende de nosotros en muy buena parte. No sé yo que la actitud de los hombres ante ningún peligro, nazca de las circunstancias físicas del globo, o nazca de las leyes que presiden a la vida social, deba ser nunca la del abandono musulmán; no creo que sea actitud digna de ningún hombre, digna de ningún pueblo, la de envolverse la cabeza en el albornoz y esperar que los hados insensibles cumplan su obra. Yo creo que los pueblos que tienen conciencia de su valor moral están obligados a hacer frente a todos los peligros que provengan, lo mismo de la acción desencadenada de los elementos, que de la misteriosa trama de las leyes sociales.

Sí; nosotros debemos y podemos no ser esa línea de menor resistencia; mas para ello, es preciso que tengamos presente cuáles son las leyes salvadoras que presiden el desarrollo y buen crecimiento de los pueblos.

Nosotros necesitamos aumentar nuestra población; este problema es capital, y ninguno más premioso; pero adviértase que para que crezca la población de un país, no bastan los proyectos más o menos bien intencionados, muchos muy bien intencionados, que puedan nacer en las mentes de los proyectistas oficiales o no oficiales. No es con proyectos de inmigración, por útiles que éstos sean, cómo se puebla un territorio. Es más difícil y más sencillo, al mismo tiempo. Y no voy a enumerar las dificultades; pero sí voy a decir por qué aspecto lo considero sencillo: para atraer pobladores a un país (y ya veis que hablo antes de este aspecto del problema, como pudiera haber hablado del crecimiento espontáneo de la población), para atraer pobladores a un país, decía, es absolutamente necesario que encuentren aquellos en éste condiciones más ventajosas de vida que las que tienen en 1 suyo propio. Donde se hace cada vez más cara la vida del obrero, donde crece de día en día el costo de la vida, es una quimera pretender una gran corriente de inmigración. Nuestras leyes fiscales son el grande obstáculo con que hoy tropezamos para este fin. Y si, por otra parte, la mejor forma y la más necesaria es el crecimiento propio del grupo humano, advirtamos también que haciendo cada vez más costosa la vida, dificultamos cada vez más el aumento espontáneo y natural de nuestra población.

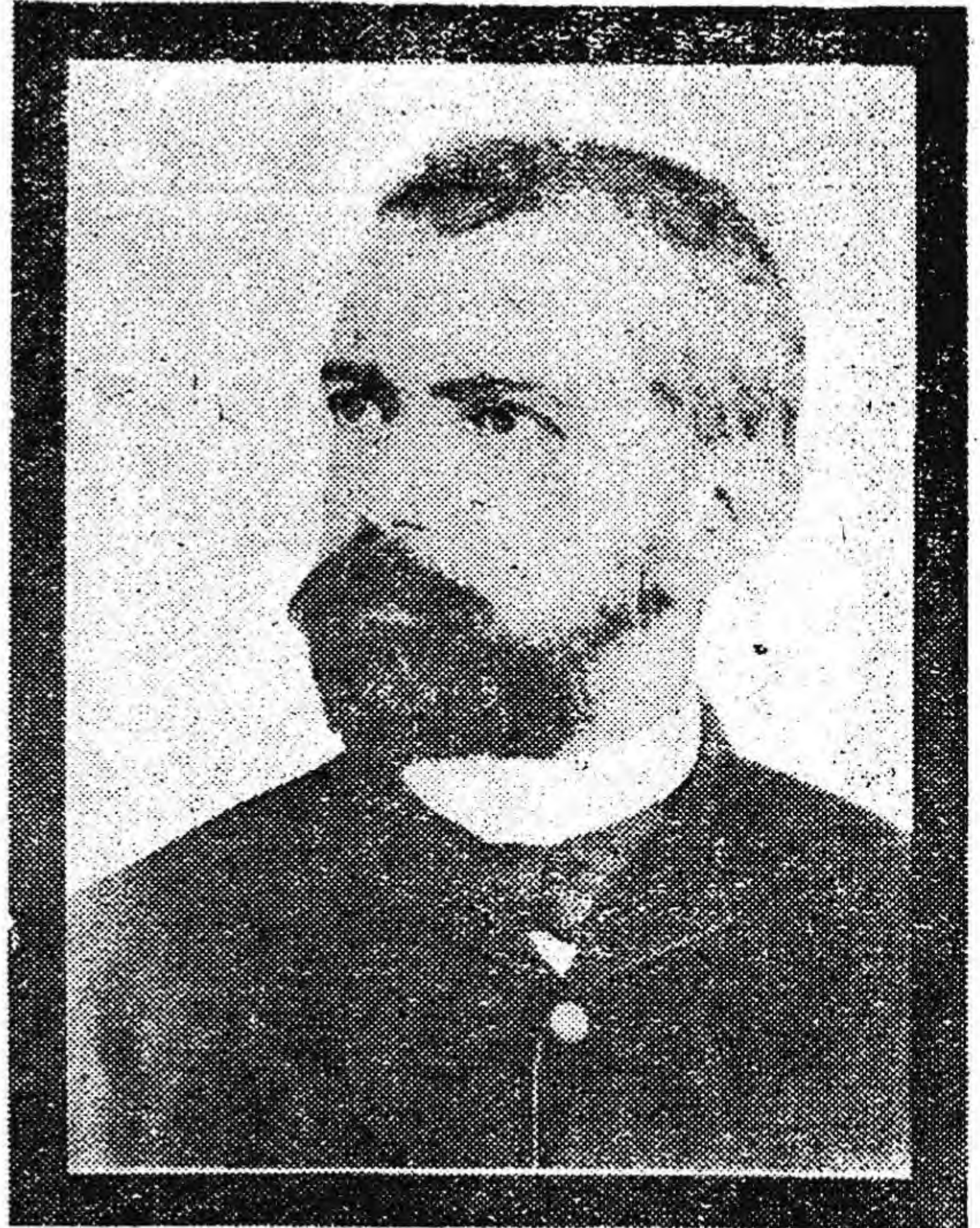
Yo no conozco nada que sea más digno de meditación por parte de los cubanos que este problema que aquí, rápidamente, planteo. Es necesario convercernos que no basta desear que crezca la familia cubana, sino que es forzoso primero que podamos brindar beneficios, vida mejor y más elevada a los que vienen, y antes —¿por qué no?— que obtengan beneficios y puedan mejorar y embellecer su vida los que ya estamos aquí.

Y a este gran problema se une el otro, no menos importante, de nuestra organización económica, aspecto de nuestra vida que tanto nos alucina cuando una ráfaga de prosperidad viene de remotas tierras a refrescar la nuestra caldeada. Nuestra organización económica no es buena; no es la que hace ni puede contribuir a que sea cada vez más fácil la vida de los habitantes de Cuba. Básteme con decir que nosotros estamos condenados, por nuestra organización económica actual, a importar todos nuestros consumos, y, lo que es más grave, todos los elementos de la vida civilizada, para el trabajo, para la comodidad del habitante, para la realización, en fin de todos los fines sociales. Y que estos consumos los pagamos con materias primas, porque están en mantillas aún nuestras industrias. En estas condiciones, la mayor fuerza económica de nuestro país radica en los intermediarios, en una palabra, es la del comerciante; y todos sabemos que el comercio no está en las manos en que convenía estuviese para el buen equilibrio de las fuerzas sociales. Dadas estas condiciones económicas, importaría muy mucho que el comercio atrajera en su mayor parte la actividad de los cubanos; mientras así no sea, nuestra posición económica envuelve un serio peligro para nosotros.

Pero todavía hay otra tercera condición —y ya veis que paso demasiado rápidamente por este grave problema—: la de la cultura superior. Este es un aspecto no menos importante que los otros. Pero yo no entiendo por cultura superior únicamente la difusión de la ilustración, que ya es mucho: yo entiendo, sobre todo, la difusión de este noble y alto sentimiento que eleva realmente al hombre a su verdadera dignidad; ese que hace que los conciudadanos se aproximen espontáneamente, y se unan por las ideas y por el corazón para una gran obra común. Y yo pregunto si la obra que estamos realizando en estos momentos es obra de atracción y de concordia de cubanos, o es obra de separación, que envuelve enormes y tremendos peligros.

Por tanto, si queremos, como debemos, ser un pueblo fuerte, numeroso, progresivo y colocado en la esfera de la cultura humana, es necesario que veamos bien la senda que seguimos; que no multipliquemos a placer las causas de discordia, y que procuremos, por una vez al menos, aprovechar las circunstancias favorables a nosotros que nos han permitido hacer este gran ensayo. Porque si perdemos esta oportunidad —y yo no quisiera ser profeta de desgracias—, si perdemos esta gran oportunidad, quizás en un porvenir, no sé si remoto, pudiera ser muy tarde. Y entonces será en vano que, postrados y vencidos, nos levantemos a medias para increpar a los hados; porque es ya una lección bien sabida que los pueblos se labran su propio destino (1905).

El joven Varona



Desde el inicio de nuestra ocupación de Cuba, comenzaron las ventas de tierras y se reprodujeron, en menor escala, los mismos fenómenos que caracterizaron los grandes éxodos de población hacia el Oeste de los Estados Unidos.

Leland Jenks. Studies in American Imperialism: Nuestra Colonia de Cuba.
Nueva York, 1928.

El típico proceso imperialista se ha desarrollado a través de las siguientes etapas:

1o. Los comerciantes y banqueros se dan cuenta de las oportunidades que para obtener ganancias pecuniarias ofrecen ciertos países relativamente atrasados tanto política como económicamente.

2o. Su penetración es seguida de llamamientos a los ministerios de relaciones exteriores de sus respectivas naciones.

3o. Estas invocaciones conducen, por último, a la intervención naval o militar y a la administración política en dichos países.

Inglaterra ya hacía mucho tiempo que había ligado su futuro al mantenimiento de su supremacía como nación comerciante y colonizadora. Hasta los Estados Unidos, que antes de que terminase el siglo XIX habían llegado al límite de su enorme frontera, tuvieron que dirigirse a los países hispanoamericanos en busca de nuevas áreas donde intervenir y explotar. Este proceso de expansión determinó, como una especie de compensación psíquica y moral, la idea de la "misión civilizadora" o "el fardo del hombre blanco" Esta benévola racionalización sirvió para justificar la captación y expoliación de espaciosas regiones pertenecientes a los pueblos indígenas y a las viejas civilizaciones.

De la obra Historia de la economía del mundo occidental,
de Harry Elmer Barnes, profesor de la New School for Social
Research, Nueva York, 1935.

LENIN Y EL IMPERIALISMO

por José Rodríguez Feo

Al intitular estas breves notas de esta manera, estamos honrando la memoria del más genial crítico del proceso social-económico que explica la aparición del imperialismo. "El Imperialismo, fase Superior del Capitalismo", se escribió en Zurich durante la primavera del año 1916, y lo curioso es que Lenin confiesa que los dos mejores libros que ha consultado sobre el tema pertenecen a dos escritores que no le son personalmente simpáticos. Uno es el economista inglés, J. A. Hobson, "que está situado en el punto de vista del socialreformismo y del pacifismo burgueses"; el otro es del marxista austríaco, Rudolf Hilferding. El primero publica su obra "El Imperialismo", en 1902; "El Capital Financiero", de Hilferding, aparece en Viena en 1910. En este último escritor, Lenin ataca duramente su tendencia a conciliar el marxismo con el oportunismo y sus relaciones con el odiado Kautsky, que representaba para Lenin "la abjuración completa de los fundamentos revolucionarios del marxismo". Lo que había en el fondo era una disimulación de "la profundidad de las contradicciones del imperialismo y de la ineluctabilidad de la crisis revolucionaria engendrada por éste". La genialidad de Lenin radica precisamente en que, en oposición a Kautsky, Otto Bauer y Hilferding, llevó a sus conclusiones lógicas, desde un punto de vista marxista, las implicaciones del imperialismo. Por eso al final de su folleto declarará abiertamente, y con gran perspicacia, que "de todo lo que llevamos dicho más arriba sobre la esencia económica del imperialismo, se desprende que hay que calificarlo de capitalismo de transición o, más propiamente, agonizante". Esta última palabra, "agonizante", tiene hoy día, en que Cuba se pone a la cabeza de las naciones subdesarrolladas en la lucha a muerte contra el imperialismo, una significación profética. Nadie se hubiese imaginado en 1916, en que el imperialismo estaba en su momento triunfante y parecía invencible, que en un futuro no muy remoto el líder de un pueblo de seis millones de habitantes se levantaría ante un parlamento mundial de naciones para ratificar la vieja profecía que anunciaba la agonía del imperialismo. El análisis brillante que nuestro líder máximo, Fidel Castro, hizo ante las Naciones Unidas de los orígenes y del desarrollo de la política imperialista de los Estados Unidos encuentra su más cabal confirmación en el resumen del proceso histórico europeo que explica la aparición del imperialismo entre las naciones del Viejo Mundo. En aquel año de 1916, los Estados Unidos no se perfilaban todavía como la nación imperialista más poderosa del mundo. Lenin va tejiendo magistralmente los hilos del diseño hasta que aparece ante nuestros ojos el tapiz completo, explicativo. Comienza estudiando la concentración de la producción y la aparición en Europa y los Estados Unidos de los grandes monopolios. Para que no lo acusen de parcial en su interpretación del proceso evolutivo del capitalismo, se apoya casi exclusivamente en las obras de economistas no marxistas. Tras un examen del punto culminante de desarrollo de la libre concurrencia, 1860-1880, en cuyos años los monopolios no constituyen más que ejemplos aislados, Lenin añade que es realmente después de la crisis de 1900-1903 que los carteles se convierten en el fundamento de las bases de la vida económica europea. Aquí el capitalismo se ha convertido de hecho en imperialismo.

Tras citar a los críticos burgueses Hermann Levy, Hans G. Heymann, Th. Vogelstein, Riesser, R. Liefmann y otros, para explicarnos el paso de la libre competencia a la economía monopolista, Lenin declara "la competencia se convierte en monopolio. De aquí resulta un gigantesco progreso de la socialización de la producción. Se efectúa también, en particular, la socialización del proceso de inventos y perfeccionamientos técnicos... La concentración ha llegado hasta tal punto, que se puede hacer un cálculo aproximado de todas las fuentes de materias primas en un país... asociaciones monopolistas gigantescas se apoderan de dichas fuentes. Se efectúa el cálculo aproximado del mercado, el que, según el acuerdo estipulado, las asociaciones mencionadas se "reparten" entre sí. Se monopoliza la mano de obra calificada, se toman los mejores ingenieros, y las vías y los medios de comunicación —las líneas férreas en América, las compañías navieras en Europa y América—, van a parar a manos de los monopolios citados... La producción pasa a ser social, pero la apropiación continúa siendo privada. Los medios sociales de producción siguen siendo propiedad privada de un número privado de individuos. El marco general de la libre concurrencia formalmente reconocida persiste, y el yugo de un grupo poco numeroso de monopolistas sobre el resto de la población se hace cien veces más duro, más sensible, más insoportable."

En esta lucha a muerte entre los monopolios, los más débiles caen vencidos y los métodos más despiadados son puestos en práctica para lograr el objetivo deseado. Una de las razones de la necesidad de los monopolios —decían los economistas burgueses que querían justificar la nueva modalidad económica del capitalismo—, era la supresión de las crisis intermitentes que amenazaban con destruir la sociedad burguesa. Lenin cita a Liefmann y a Jeidels, dos escritores burgueses, para refutar esta idea, y añade que "el aumento de riesgo es consecuencia, al fin y al cabo, del aumento gigantesco de capital, el cual, por decirlo así, desborda el vaso y se vierte hacia el extranjero, etc."

Los grandes negocios que hicieron posible la organización monopolista de la producción trajeron consigo enormes ganancias. Al subir la tasa de ganancias, se crea una situación especialísima, pues esta gran acumulación de capital financiero no encuentra una oportunidad de inversión en las naciones capitalistas superdesarrolladas. Este capital financiero lo define Hilferding como "el capital que se halla a disposición de los bancos y que es utilizado por los industriales". Ya Lenin le había dedicado un análisis minucioso a este proceso de concentración del capital financiero en unos pocos bancos de las grandes potencias económicas europeas y los Estados Unidos, y la consiguiente dominación de la producción industrial por el capital financiero. "El capital financiero", escribe Lenin, "concentrado en un puño y que goza del monopolio efectivo, obtiene un beneficio enorme, que se acrece sin cesar, de la constitución de sociedades, de la emisión de valores, de los empréstitos de Estado, etc., consolidando la dominación de la oligarquía financiera, imponiendo a toda la sociedad los tributos en provecho de los monopolistas". Aquí se descubre un aspecto nuevo de la sociedad contemporánea, la aparición del rentista que vive de los dividendos de sus valores sin trabajar. Porque la tendencia del capitalismo es la separación entre la propiedad del capital y la aplicación de éste a la producción, la separación entre el capital monetario y el industrial o productivo, la separación entre el rentista, que vive sólo de las rentas del capital monetario, y el empresario y todas las personas que participan directamente en la gestión del capital. Como concluye Lenin, "el imperialismo, o dominio del capital financiero, es el capitalismo en su grado más alto, en el cual esta separación, adquiere unas proporciones inmensas. El predominio del capital financiero sobre todas las demás formas de capital, implica la situación dominante del rentista y de la oligarquía financiera, la situación destacada de unos cuantos Estados, dotados de potencia financiera, entre todos los demás".

Estas explicaciones un tanto técnicas de la economía monopolista, nos aclaran muchas cosas y arrojan mucha luz sobre la conducta de la sociedad burguesa en estas grandes potencias financieras. Un ejemplo muy reciente: la nacionalización de la Compañía de Electricidad en Cuba. Veremos que, aparte del odio que provoca entre los directores de este gran monopolio yanqui, esta medida no puede serles simpática en forma alguna a los miles de rentistas norteamericanos que cuentan entre sus valores, valores de la Cia. de Electricidad Cubana. ¿Por qué? Pues sencillamente, porque han perdido una fuente de su ingreso personal. Así, cuando las grandes naciones imperialistas, a través de sus bancos o de sus gobiernos invierten sus enormes capitales en naciones subdesarrolladas, ya sea en empréstitos o a través de inversiones, lo hacen por medio de emisiones de valores que van a parar a manos de los miles de rentistas que componen una gran parte de la sociedad de estas naciones. Y si una de estas naciones subdesarrolladas, como por ejemplo Cuba, liquida estos grandes negocios controlados por el capital financiero de la nación imperialista, quedan automáticamente "liquidados" los ingresos de esos miles de ciudadanos que se han arriesgado a adquirir valores en esta aventura extranjera. Porque si "lo que caracterizaba al viejo capitalismo, en el cual dominaba plenamente la libre concurrencia, era la exportación de mercancías, lo que caracteriza al capitalismo moderno, en el que impera el monopolio, es la exportación de capital", nos dice Lenin. Esto se debe, como ya señalamos arriba, a que en los países donde el capitalismo ha "madurado excesivamente" no se dispone de un terreno apropiado para la colocación "lucrativa" del capital. Cuando Lenin escribe su librito sobre el imperialismo, en vísperas de la primera guerra mundial, el capital invertido por Inglaterra, Francia y Alemania en el extranjero era de 175 a 200 mil millones de francos, y la renta por esta suma, tomando de base el cinco por ciento, era de 8 a 10 mil millones anuales! Hoy, si Lenin estudiase las estadísticas —y tendría que tomar en cuenta a los Estados Unidos—, de las inversiones de capital en los países subdesarrollados, se quedaría asombrado. Vería inclusive, que Francia, en gran parte exportadora de capital a principios del siglo XX, es en la actualidad víctima de los monopolios yanquis que están colocando allí enormes capitales. Esto lo explicó muy bien Jacques Duclos en una comparecencia por televisión recientemente. Los resultados de esta infiltración del capital financiero yanqui en Francia, y también en Alemania, sólo podrán apreciarse con el tiempo. Baste señalar que es a través de esta dominación financiera yanqui sobre Europa que los Estados Unidos han logrado cada día, más y más, una dominación política y económica. Así no nos ha de extrañar que algunas antiguas potencias europeas se comporten en las

esferas diplomáticas internacionales con el mismo servilismo que lo han hecho algunas naciones hispanoamericanas en San José de Costa Rica.

Pero si estas naciones europeas sienten el yugo de la dominación financiera de los monopolios yanquis, también hay que tener en cuenta que muchas de ellas son naciones colonialistas, y que sus intereses son los mismos a la larga, que los de los Estados Unidos. El capitalismo había creado el mercado mundial y después los monopolios se repartieron este mercado mundial entre ellos. La lucha por el mercado mundial se remonta a los tiempos de Isabel I de Inglaterra, pero en nuestra época los métodos son tan piráticos y desvergonzados como en aquélla. Sólo que hoy día todas las cosas se hacen en grande. En el siglo XIX Inglaterra primero, de 1860 a 1880, intensifica enormemente sus conquistas coloniales; después, en los siguientes veinte años, Francia y Alemania. El período de desarrollo máximo del capitalismo anterior al monopolista va de 1860 a 1880. Es ahora cuando vemos que el enorme auge de las conquistas coloniales corresponde al desarrollo del capitalismo monopolista. Así se establece claramente la lucha por el reparto del mundo en los momentos precisamente en que se da el paso del capitalismo a la fase del capitalismo monopolista, al capital financiero. Hobson destaca que es en el período de 1884-1900 que Inglaterra adquiere 3.700,000 millas cuadradas con una población de 57 millones de habitantes; Francia, 3.600,000 millas cuadradas con 36.5 millones de habitantes; Alemania, 1.000,000 de millas cuadradas con 16.7 millones de habitantes; Bélgica, 900,000 millas cuadradas con 30 millones de habitantes; Portugal, 800,000 millas cuadradas con 9 millones de habitantes. ¡El mundo ha sido repartido ya en 1900! Y precisamente cuando el capitalismo monopolista ha alcanzado su triunfo definitivo. Después, vendrán las guerras de repartición de las mismas colonias entre las naciones victoriosas. Ya vemos cómo las grandes potencias se hacen de coloniales donde invertir sus grandes capitales financieros y donde crear nuevos mercados para los productos de sus industrias amenazadas con el espectro del subconsumo. Todo está dentro de la lógica del desarrollo posterior del capitalismo.

Queda claro que el imperialismo es la fase monopolista del capitalismo. Una explicación más detallada de este concepto requeriría todo un libro. La obra magnífica de Paul M. Sweezy, "Teoría del Desarrollo Capitalista", publicada por el Fondo de Cultura Económica de México, nos brinda un brillante análisis marxista de la evolución del capitalismo moderno hasta sus últimas consecuencias, los monopolios y el imperialismo. Nos hemos referido a la obra de Lenin porque contiene en esencia todo lo que se ha dicho y explicado posteriormente sobre el imperialismo. Además, es imposible comprender el fenómeno imperialista adecuadamente desde otro punto de vista que no sea el que tome en cuenta los postulados del marxismo. Todos los economistas, como Hilferding, Kautsky, etc., han querido embellecer el imperialismo a toda costa. La tarea más provechosa del marxismo ha sido precisamente desenmascarar estas pseudo-glorificaciones del imperialismo.

Para terminar, y como resumen de lo anteriormente expuesto, nada mejor que repetir los cinco rasgos fundamentales que señala Lenin como definición del imperialismo: 1) La concentración de la producción y del capital llegada hasta un grado tan elevado de desarrollo, que ha creado los monopolios, que desempeñan un papel decisivo en la vida económica; 2) la fusión del capital bancario con el industrial y la creación, sobre la base de este "capital financiero", de la oligarquía financiera; 3) la exportación de capital, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere una importancia particular; 4) la formación de asociaciones internacionales monopolistas de capitalistas, las cuales se reparten el mundo; 5) la terminación del reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes".

Este panorama un tanto simplificado que nos brinda Lenin en esta obra, que deberían de leer todos los cubanos que se preocupan por los destinos de su país, sirve ahora de meditación sobre ese tema tan apasionado y tan decisivo para la nacionalidad: el imperialismo.

EL REPARTO DEL MUNDO ENTRE las ASOCIACIONES de CAPITALISTAS

por V. Lenin

Las asociaciones monopolistas de capitalistas—*cartels,* sindicatos, *trusts*— se reparten entre sí, en primer lugar, el mercado interior, apoderándose de un modo más o menos completo de la producción del país. Pero, bajo el capitalismo, el mercado interior está inevitablemente enlazado con el exterior. El capitalismo ha creado desde hace ya mucho tiempo el mercado mundial. Y a medida que ha ido aumentando la exportación de capitales y se han ido ensanchando en todas las formas las relaciones con el extranjero y con las colonias y las "esferas de influencia" de las más grandes asociaciones monopolistas, la marcha "natural" de las cosas ha determinado el acuerdo internacional de los mismos, la constitución de *cartels* internacionales.

Es un nuevo grado de la concentración mundial del capital y de la producción, un grado incomparablemente más alto que los anteriores. Veamos cómo surge este supermonopolio.

La industria eléctrica es la más típica, desde el punto de vista de los progresos modernos de la técnica, para el capitalismo de fines del siglo XIX y principios del XX. Donde su desarrollo ha tomado un mayor impulso ha sido en los dos países capitalistas nuevos más avanzados, los Estados Unidos y Alemania. En Alemania, contribuyó particularmente a la concentración de esta rama de la industria la crisis de 1900. Los bancos, que en aquella época se hallaban ya bastante ligados a la industria, aceleraron y ahondaron en el más alto grado, durante dicha crisis, la ruina de las empresas relativamente pequeñas, su absorción por las grandes.

"Los bancos —dice Jeidels— negaron el apoyo precisamente a aquellas empresas que más necesidad tenían de él, provocando con ello en un principio la pujanza vertiginosa y después el "crac" irreparable de las sociedades que no estaban suficientemente ligadas con ellos".

Como resultado de ello, la concentración después de 1900, avanzó a pasos agigantados. Hasta 1900 había siete u ocho "grupos" en la industria eléctrica, con la particularidad de que cada uno de ellos estaba compuesto de varias sociedades (en total había 28), y detrás de cada uno había de 2 a 11 bancos. Hacia 1908-1912, todos esos grupos se fundieron en uno o dos.

La famosa A.E.G. ("Sociedad General de Electricidad"), que ha ido creciendo de este modo, ejerce el dominio sobre 175 ó 200 sociedades (por medio del sistema de la "participación") y dispone de un capital total de cerca de 1.500 millones de marcos. Sólo en el extranjero, cuenta con 34 representaciones directas, de las cuales 12 son sociedades anónimas, establecidas en más de diez países. Ya en 1904 se calculaba que los capitales invertidos por la industria eléctrica alemana en el extranjero ascendían a 233 millones de marcos, de los cuales 62 millones estaban colocados en Rusia. Excusado es decir que la "Sociedad General de Electricidad" representa en sí una gigantesca empresa "combinada" —sólo el número de sociedades industriales con que cuenta es de 16— que fabrica los productos más variados, desde cables y aisladores hasta automóviles y aeroplanos.

Pero la concentración en Europa ha sido asimismo una parte integrante del proceso de concentración en América.

De este modo, se formaron dos "potencias" eléctricas. "En la faz de la Tierra es imposible hallar una sola sociedad eléctrica que sea completamente independiente de ellas" —dice Heinig en su artículo "Los caminos del trust de la electricidad".

Y he aquí que en 1907, entre el trust norteamericano y el trust alemán se estipuló un acuerdo para el reparto del mundo. La competencia queda suprimida: La G.E.C. "recibió" los Estados Unidos y el Canadá, a la A.E.G. le "correspondió" Alemania, Austria, Rusia, Holanda, Dinamarca, Suiza, Turquía, los Balcanes. Se concertaron acuerdos especiales, naturalmente secretos, con respecto a las "sociedades filiales" que penetran en nuevas ramas de la industria y en países "nuevos" no repartidos todavía formalmente. Se estableció un intercambio de inventos y experimentos.

Se comprende perfectamente hasta qué punto es difícil la competencia contra ese trust, realmente único mundial que dispone de un capital de varios millares de millones y tiene sus "sucursales", representaciones, agencias, relaciones, etc., en todos los ámbitos del mundo. Pero el reparto del mundo entre dos trusts fuertes no excluye, naturalmente, un nuevo reparto si se modifica la relación de fuerzas, a consecuencia de la desigualdad del desarrollo, de las guerras, de los "cracs", etc.

La industria del petróleo nos ofrece un ejemplo instructivo de intento de un nuevo reparto de este género, de la lucha por el mismo.

"El mercado petrolero del mundo —escribía Jeidels, en 1905— aún actualmente se halla repartido entre dos grandes grupos financieros: el trust norteamericano "Stan-

dard Oil Co.", de Rockefeller, y los dueños del petróleo ruso de Bakú, Rothschild y Nobel. Estos dos grupos están íntimamente ligados entre sí, pero su situación de monopolios se halla amenazada, hace ya algunos años, por cinco enemigos: 1) el agotamiento de los yacimientos norteamericanos de petróleo; 2) la competencia de la firma Mantaschev en Bakú; 3) los yacimientos de Austria; 4) los de Rumania; 5) los yacimientos de petróleo transoceánicos, particularmente en las colonias holandesas (las riquísimas firmas Samuel y Shell, enlazadas también con el capital inglés). Las tres últimas series de empresas están relacionadas con los grandes bancos alemanes, con el más importante de ellos, el "Banco Alemán", al frente. Estos bancos han desarrollado de un modo sistemático e independiente la industria petrolífera, por ejemplo, en Rumania, a fin de tener "su" punto de apoyo. En 1907, se calculaba que, en la industria petrolífera rumana, había capitales extranjeros por valor de 185 millones de francos, de los cuales 74 millones eran alemanes.

Empezó lo que en la literatura económica ha sido calificado de lucha por el "reparto del mundo". Por una parte, la "Standard Oil", de Rockefeller, deseando apoderarse de todo, fundó una "sociedad filial" en la misma Holanda, adquiriendo los yacimientos de la India holandesa y aspirando de este modo a asestar el golpe a su enemigo principal: el trust holandés-británico "Shell". Por otra parte, el "Banco Alemán" y otros bancos berlineses dirigían todos sus esfuerzos a "salvaguardar" "para sí" Rumania y a unirla a Rusia contra Rockefeller. Este último poseía un capital incomparablemente más cuantioso y una magnífica organización del transporte y del abastecimiento de petróleo a los consumidores. La lucha debía terminar y terminó en 1907, con la derrota completa del "Banco Alemán", al cual le quedaban dos caminos: o liquidar con millones de pérdida sus "intereses petrolíferos" o someterse. Escogió el segundo y pactó un acuerdo muy poco ventajoso para él, con la "Standard Oil". En dicho acuerdo, se comprometía "a no hacer nada en perjuicio de los intereses norteamericanos", estipulándose, sin embargo, que el acuerdo perdería su vigor en el caso de que en Alemania llegara a aprobarse una ley estableciendo el monopolio del Estado sobre el petróleo.

Entonces empieza la "comedia del petróleo". Uno de los reyes financieros de Alemania, von Gwinner, director del "Banco Alemán", por mediación de su secretario privado, Stauss, organiza una campaña de agitación en favor del monopolio del petróleo. Se pone en juego todo el gigantesco aparato del más importante banco berlinés, todas las vastas "relaciones" de que dispone, la prensa se llena de gritos "patrióticos" contra el "yugo" del trust norteamericano, y el Reichstag, casi por unanimidad adopta, el 15 de marzo de 1911, una resolución invitando al gobierno a elaborar un proyecto de monopolio del petróleo. El gobierno acogió esta idea "popular", y el "Banco Alemán", que quería engañar a su "partenaire" norteamericano y arreglar sus negocios por mediación del monopolio de Estado, parecía haber ganado la partida. Los reyes alemanes del petróleo se frotaban ya las manos de gusto pensando en sus beneficios gigantescos, que no serían inferiores a los de los azucareros rusos... Pero, en primer lugar, los grandes bancos alemanes se malquistaron entre sí a causa del reparto del botín, y la "Sociedad de Descuento" puso al descubierto las miras interesadas del "Banco Alemán"; en segundo lugar, el gobierno se asustó ante la idea de una lucha con Rockefeller, pues era muy dudoso que Alemania pudiera procurarse petróleo sin contar con él (la productividad de Rumania no es muy considerable); en tercer lugar, casi al mismo tiempo, en 1913, se votaba un crédito de mil millones para los preparativos de guerra de Alemania. El proyecto de monopolio fue aplazado. Por el momento, la "Standard Oil" de Rockefeller salió victoriosa de la lucha.

La revista berlinesa "Die Bank" escribía a este propósito que Alemania no podría luchar con la "Standard Oil" más que introduciendo el monopolio de la electricidad y convirtiendo la fuerza hidráulica en electricidad barata.

Pero —añadía— "el monopolio de la electricidad vendrá cuando constituya una necesidad de los productores, precisamente cuando nos hallemos en vísperas del gran crac de turno en la industria eléctrica, y cuando las gigantescas centrales eléctricas caras que se están construyendo actualmente en todas partes por los "consorcios" privados de la industria eléctrica y para las cuales dichos "consorcios" obtienen ya ahora algunos monopolios de los municipios, del Estado, etc., no puedan ya trabajar con beneficio. Entonces será necesario poner en marcha las fuerzas hidráulicas; pero no será posible convertirlas en electricidad barata por cuenta del Estado, sino que se hará preciso entregarlas también a un "monopolio privado controlado por el Estado", pues la industria privada ha concertado ya una serie de transacciones y estipulado grandes indemnizaciones... Así ocurrió con el monopolio de la potasa, así sucede con el monopolio del petróleo, así será con el monopolio de la electricidad. Es hora ya de que nuestros socialistas de Estado, que se dejan deslumbrar por principios brillantes, comprendan, por fin, que en Alemania los monopolios no han perseguido nunca como fin, ni han dado como resultado, proporcionar beneficios a los consumidores o, por lo menos, poner a disposición del Estado una parte de los beneficios patronales, sino que han servido para sanear a costa del Estado la industria privada, que ha llegado casi al borde de la bancarrota".

Estas son las confesiones preciosas que se ven obligados a hacer los economistas burgueses de Alemania. Aquí vemos patentemente cómo, en la época del capital financiero, los monopolios de Estado y los privados se entretejen formando un todo y cómo, tanto los unos como los otros, no son, en realidad, más que distintos eslabones de la lucha imperialista entre los más grandes monopolistas por el reparto del mundo.

En la navegación comercial, el proceso gigantesco de concentración ha conducido asimismo al reparto del mundo. En Alemania, se han destacado dos grandes sociedades: "Hamburg-Amerika-Linie" y el "Lloyd de la Alemania del Norte", ambas con un capital de 200 millones de marcos (acciones y obligaciones) cada una y poseyendo buques por un valor de 185 a 189 millones de marcos. Por otra parte, en Norteamérica, el 1 de enero de 1903, se fundó el llamado trust Morgan, "Compañía internacional de comercio marítimo", que une a las compañías navieras norteamericanas e inglesas, en número de nueve, y que dispone de un capital de 120 millones de dólares (480 millones de marcos). Ya en 1903, entre los colosos alemanes y ese trust angloamericano se concertó un tratado sobre el reparto del mundo en relación con el reparto de los beneficios. Las sociedades alemanas renunciaron a la competencia en los transportes entre Inglaterra y Norteamérica. Se fijó de un modo preciso los puertos "reservados" a cada uno, se creó un comité de control común, etc. El tratado fue concertado para veinte años, con la prudente reserva de que perdería su vigor en caso de guerra.

Es también extraordinariamente instructiva la historia de la constitución del "cartel internacional del raíl". Por primera vez, las fábricas de raíles inglesas, belgas y alemanas intentaron ya en 1884, constituir dicho cartel en un período de decadencia intensa de los negocios industriales. Se pusieron de acuerdo para que los países firmantes del tratado no compitieran en sus mercados interiores, y los mercados exteriores se distribuyeran con arreglo a la proporción siguiente: Inglaterra, el 66 por ciento; Alemania el 27 por ciento; Bélgica, el 7 por ciento. La India quedó enteramente a merced de Inglaterra. Se hizo una guerra común contra una firma inglesa que se había quedado al margen del acuerdo. Los gastos de dicha guerra fueron cubiertos con un tanto por ciento de las ventas generales. Pero en 1886, cuando salieron del cartel dos firmas inglesas, éste se desmoronó. Es un hecho característico el de que no fue posible conseguir el acuerdo durante los años de prosperidad industrial que siguieron.

A principios de 1904, fue fundado el "Sindicato del acero" de Alemania. En noviembre del mismo año reanudó su existencia el "cartel internacional del raíl", con la proporción siguiente: Inglaterra, el 53,5 por ciento; Alemania, el 28,83 por ciento; Bélgica, el 17,67 por ciento. Más tarde se adhirió Francia con el 4,8 por ciento, 5,8 por ciento y 6,4 por ciento, en el primero, segundo y tercer año, respectivamente, sobre el 100 por ciento, es decir, con el 104,8 por ciento en total, y así sucesivamente. En 1905, se adhirió el "Trust del acero" de los Estados Unidos ("Corporación del acero"); después, Austria y España.

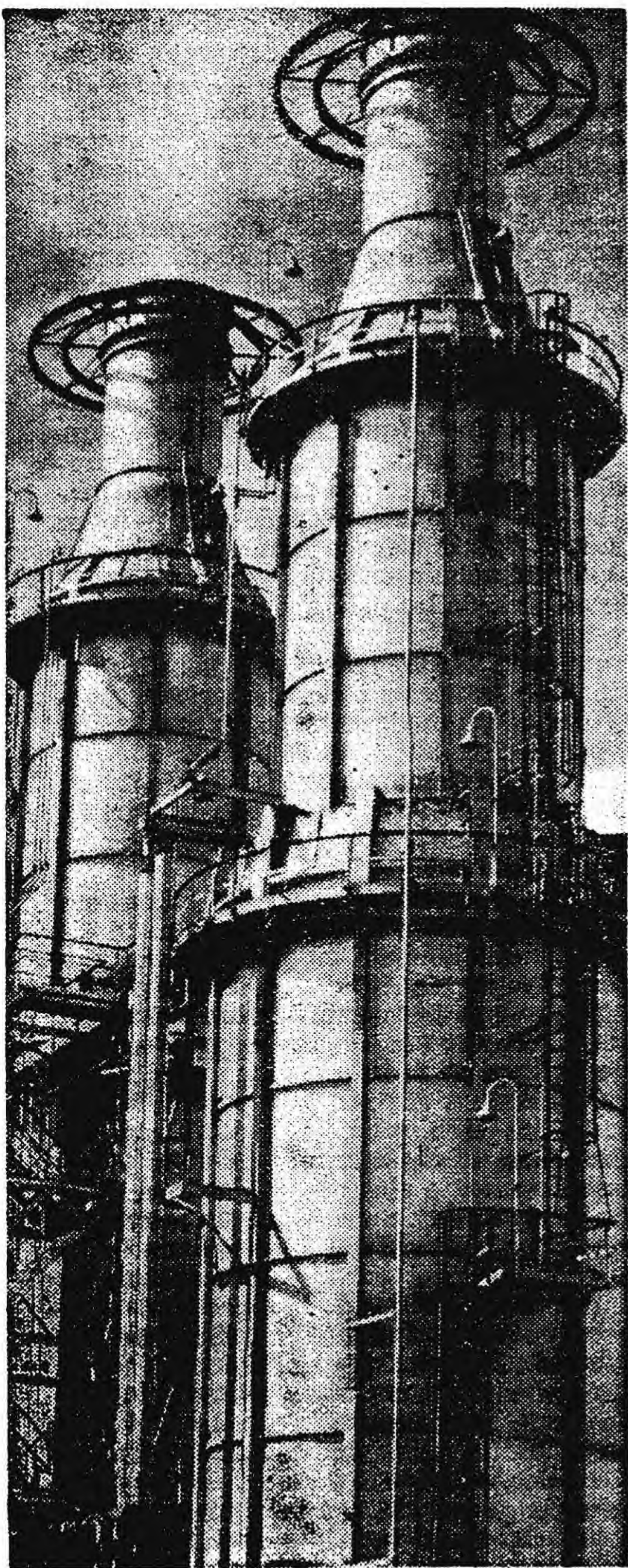
"En el momento actual —decía Vogelstein en 1910— el reparto del mundo está terminado, y los grandes consumidores, en primer lugar los ferrocarriles del Estado, pueden vivir —puesto que el mundo está ya repartido, sin tener en cuenta sus intereses—, como el poeta, en los cielos de Júpiter".

Recordemos también el "sindicato internacional del zinc", fundado en 1909, que distribuyó exactamente el volumen de la producción entre tres grupos de fábricas: alemanas, belgas, francesas, españolas, inglesas; después el "trust internacional de la pólvora", esa "estrecha asociación, completamente moderna —según las palabras de Liefmann—, entre todas las fábricas alemanas de explosivos, que más tarde, juntas con las fábricas de dinamita francesas y norteamericanas, organizadas de un modo análogo, se han repartido, por decirlo así, todo el mundo".

Según Liefmann, en 1897 había cerca de 40 cartels internacionales con la participación de Alemania, y en 1910, ya había cerca de un centenar.

Algunos escritores burgueses (a los cuales se ha unido ahora C. Kautsky, que ha traicionado completamente su posición marxista, por ejemplo, de 1909) han expresado la opinión de que los cartels internacionales, siendo como son una de las expresiones de mayor relieve de la internacionalización del capital, permiten abrigar la esperanza de la paz entre los pueblos bajo el capitalismo. Esta opinión es, desde el punto de vista teórico, completamente absurda, y, desde el punto de vista práctico, un sofisma, un medio de defensa poco honrado del oportunismo de la peor especie. Los cartels internacionales muestran hasta qué grado han crecido ahora los monopolios capitalistas y cuáles son los objetivos de la lucha que se desarrolla entre los grupos capitalistas. Esta última circunstancia es la más importante, sólo ella nos aclara el sentido histórico-económico de los acontecimientos, pues la forma de lucha puede cambiar y cambia constantemente como consecuencia de diversas causas, relativamente particulares y temporales, pero la esencia de la lucha, su contenido de clase no puede cambiar, mientras subsistan las clases. Se comprende que a los intereses de la burguesía alemana, por ejemplo, a la cual se ha pasado en realidad Kautsky en sus razonamientos teóricos (como veremos más abajo), convenga velar el contenido de la lucha económica actual (por el reparto del mundo) y subrayar ya esta ya la otra forma de dicha lucha. Este es el mismo error en que incurre Kautsky. Y se trata, naturalmente, no sólo de la burguesía alemana, sino de la burguesía internacional. Los capitalistas reparten el mundo, no como consecuencia de su particular perversidad, sino porque el grado de concentración a que se ha llegado les obliga a seguir este camino para obtener beneficios; y se lo reparten "según el capital", "según la fuerza"; otro procedimiento de reparto es imposible en el sistema de la producción de mercancías y del capitalismo. La fuerza varía a su vez en consonancia con el desarrollo económico y político; para comprender lo que está aconteciendo, hay que saber cuáles son los problemas que se solucionan con el cambio de las fuerzas, pero saber si dichos cambios son "puramente" económicos o extra económicos (por ejemplo, militares), es una cuestión secundaria que no puede hacer variar en nada la concepción fundamental sobre la época actual de capitalismo. Sustituir la cuestión del contenido de la lucha y de las transacciones entre los grupos capitalistas por la cuestión de la forma de esta lucha y de estas transacciones (hoy pacífica, mañana no pacífica, pasado mañana otra vez no pacífica) significa descender hasta el papel de sofista.

La época del capitalismo moderno nos muestra que entre los grupos capitalistas se están estableciendo determinadas relaciones sobre la base del reparto económico del mundo, y que, al mismo tiempo, en conexión con esto, se están estableciendo entre los grupos políticos, entre los Estados, determinadas relaciones sobre la base del reparto territorial del mundo, de la lucha por las colonias, de la "lucha por el territorio económico"



Los monopolios internacionales petroleros se están aprovechando de la situación angustiosa de Latino América para destruir la amenaza a su dominio mundial, que se ha planteado con los éxitos de las empresas petroleras nacionalizadas.

Para contrarrestar la impresión de que el imperialismo de los Estados Unidos de América está aplastando sin tapujos el prometedor desarrollo de una economía independiente, los grandes monopolios petroleros están utilizando al Fondo Monetario Internacional. Escudándose en esta agencia de las Naciones Unidas, que tuvo su origen en 1945 como resultado de la conferencia de Bretton Woods, este consorcio económico mundial está tratando de hacer fracasar el sensacional éxito de nacionalizar las compañías peroleras en Argentina y Bolivia. El próximo ataque de los monopolios será contra Brasil, que potencialmente es el país más prometedor para el petróleo al sur de Venezuela.

Todos los países de Latinoamérica, con excepción quizás de Venezuela, se encuentran en dificultades económicas. Sus materias primas —estaño, plomo, cobre, azúcar, plátanos, cacao, ganado, lana, cueros— se encuentran sometidos a la presión de los bajos precios con el objeto de abaratar los suministros de las naciones altamente industrializadas del Occidente; pero en cambio estos países tienen que adquirir la maquinaria y las materias industriales que requieren a los precios monopolísticos "administrados" por las poderosas naciones imperialistas. Entre estas tenazas, sus economías se están desangrando. En su desesperación estos países se dirigen al Fondo Monetario Internacional solicitando ayuda, en forma de empréstitos para pagar sus deudas al Occidente. Los directores del Fondo, desde sus oficinas centrales en Washington, envían sus grupos de expertos para aconsejar a los latinos, que están en bancarrota por la codicia de los Estados imperialistas, sobre cómo pueden sobrevivir.

LA TRAGEDIA DEL PETROLEO LATINO-AMERICANO

por Harvey O'Connor

Harvey O'Connor es un historiador y economista que trabajó muchos años en la industria petrolera. Fue director de un programa de enseñanza en un sindicato de obreros petroleros en los Estados Unidos. De su conocimiento íntimo de la industria nació su obra monumental: El Imperio del Petróleo, **en la que O'Connor denunció la estructura y el poder fantásticos de las empresas petroleras norteamericanas y su influencia sobre la política exterior de los Estados Unidos. O'Connor ha hecho numerosos viajes a la América Latina y al Oriente Medio.**

El autor de este artículo ha luchado denodadamente contra el llamado Comité de Actividades Antiamericanas, de la Cámara de Representantes, denunciándolo públicamente.

El artículo de O'Connor es anterior a la maniobra del consorcio petrolero para privar a Cuba de combustible, que culminó en la expropiación de las refinerías norteamericanas y anglo holandesas en todo el país, y a la creación del Instituto Cubano del Petróleo, con la que el Gobierno Revolucionario puso fin a las maniobras del consorcio.

El Consejo del Fondo Monetario Internacional es siempre la "austeridad". Esta recomendación se lleva a cabo balanceando el presupuesto a base de disminuir los gastos dedicados a Salubridad, Bienestar y Educación, y también "apretando el cinturón" alrededor de los ya comprimidos estómagos, por elevados incrementos en los precios de los alimentos para disminuir el consumo (este sistema es más cruel de lo que los americanos del Norte, bien alimentados, pueden imaginarse). ¿Qué riqueza potencial del país necesita desarrollo? A esta pregunta responden los expertos del Fondo Monetario Internacional que con sus sentidos agudizados enseguida pueden descubrir la posibilidad de petróleo a diez mil pies de profundidad. Esta riqueza debe ser inmediatamente explotada ¡Adivine por quién!

I

Nadie se imagine que la labor de los expertos del Fondo Monetario es fácil. Su "difícil" trabajo es facilitar el milagro de los préstamos necesarios. Por ejemplo, consideramos el caso de Argentina, como un país en típica bancarrota, según podemos apreciar por el valor de su mitad monetaria que valía 42 centavos de dólar y que ahora se cotiza a un centavo y cuarto de dólar. Esta devaluación es el franco resultado de la operación clásica de las tenazas económicas —carne, cueros y granos vendidos baratos, artículos importados comprados caros—, sin entrar en consideraciones sobre la actuación de la dictadura de Perón. El pueblo de Argentina anhelaba el nivel de vida que veía en las películas recibidas de Hollywood y le molestaba mucho el hecho —tan llamativo para una persona inocente de la economía imperialista— de que en la Argentina la carne estuviera más cara que en Inglaterra, que la importaba de la propia Argentina. El pueblo, en general culto, reconoce los hechos de la vida y presiente un problema algo más difícil para los expertos del Fondo Monetario. Resulta fácil recetar, pero más bien difícil lograr que el paciente se tome la medicina.

¿Cómo logrará el Fondo Monetario, que representa los intereses de los monopolios petroleros y al State Department obligar al paciente a tomarse la medicina sin vomitarla en una de las operaciones clásicas de nuestra época? Después de diez años de peronismo, el pueblo de Argentina emergió en el año 1955 en una cierta forma de libertad, pero cuidadosamente chaperoneada por una junta militar. Cuando llegó la época de las elecciones para escoger el candidato presidencial, se planteó esta pregunta: ¿Quién más indicado para ser candidato que el Dr. Arturo Frondizi, considerado como un opositor elocuente del imperialismo yanqui, autor del libro "Petróleo y Política" que se basaba en un fuerte ataque a las operaciones del cartel petrolero mundial? El ardiente folleto de Frondizi "La Lucha Anti-imperialista" fue el catecismo de su campaña respaldada por el intransigente Partido Radical. El Dr. Frondizi recibió los votos de no solamente su propio Partido, sino también de los peronistas del grupo "justicialistas sociales" y de los comunistas. Obtuvo un resonante éxito, pero lo que no es generalmente conocido es que mientras realizaba la campaña para la presidencia, secretamente se reunía con los representantes de los monopolios petroleros de los Estados Unidos para llegar a un acuerdo de entregarles la riqueza del subsuelo a los colosos del Norte.

Una vez asegurado en la Presidencia y respaldado por las bayonetas del Ejército, este paladín del antiimperialismo firmó contratos con una docena de compañías extranjeras petroleras, reconociéndoles a los monopolios reservas probadas de petróleo por períodos de veinte hasta cuarenta años, así como también amplias zonas de probable existencia de petróleo. También inauguró una campaña de "austeridad" que ha elevado hasta las nubes los precios de la carne, del pan y de los servicios. En recompensa, el Fondo Monetario, el Banco de Exportación e Importación, la Tesorería de los Estados Unidos y varios bancos de Wall Street han prestado a la Argentina $329 millones de dólares. Pero ni un solo centavo de estos millones se repartirán en Buenos Aires. Son simplemente millones en los libros de contabilidad, que se transferirán en New York de una cuenta a otra de los monopolios —pero que significarán nuevos préstamos a pagar.

Muchos argentinos no pueden olvidar ni perdonar que Frondizi haya entregado a las firmas extranjeras las extensas reservas de petróleo que ya estaban listas para la explotación. Y no es que Argentina no conociera sus recursos ni que tampoco estuviera incapacitada para desarrollarlos. Ya en 1907, unos agricultores que hacían perforaciones buscando agua en el desierto de la Patagonia descubrieron lo que hoy se conoce como el campo petrolero Comodoro Rivadavia, el más rico del país. Ya desde entonces se constituyó la entidad estatal Yacimientos Petroleros Fiscales (campos petroleros del Estado conocidos como la YPF). Con posterioridad, la producción de gas fue confiada a la entidad llamada Gas del Estado. El genio que orientó la entrada de la Argentina en la producción petrolera fue el General Enrique Mosconi, considerado como uno de los primeros apóstoles de la confianza nacional en la explotación de los recursos naturales. A través de todos los caprichos de la política argentina, la YPF continuaba su expansión de la producción, al abrir importantes nuevos campos próximos a la frontera de Bolivia y a lo largo de las laderas de los Andes. Desde luego, se presentó el problema: Argentina no sufre por la falta de petróleo sino por poseer demasiado y tentar la codicia del consorcio petrolero mundial.

A través de las misteriosas operaciones financieras de Perón, la YPF no pudo financiar la construcción de las líneas conductoras desde los nuevos campos petroleros hasta Buenos Aires; y por esta razón Argentina está gastando en la actualidad $250 millones al año importando petróleo. Sobre estas cifras los expertos monetarios de New York hicieron sus cálculos, ya que era casi igual al déficit de la balanza de pagos de Argentina. La solución resultaba obvia —entregar el petróleo Argentino a los intereses extranjeros para un rápido desarrollo, y la balanza de pagos se nivelaría en unos pocos años.

Estos negocios presagiaban dificultades ya que tanto la Constitución y las leyes prohibían hacer concesiones de petróleo a entidades extranjeras, y también el pueblo respaldaba firmemente este espíritu nacionalista. Con anterioridad Perón había tratado en 1955 de entregar la mitad de la Patagonia a la Standard Oil de California, y en aquella oportunidad su propio Partido se volvió contra esta idea. El Presidente Frondizi desenredó el nudo gordiano firmando no una concesión, sino varios contratos con la Standard de New Jersey, la Shell, la Standard de Indiana, la Unión Oil (y también con la casa bancaria Loeb, Rhoades de New York), por períodos que fluctua-

ban desde veinte hasta treinta años. El petróleo tendría que ser vendido a la YPF, para darle cierto formulismo legal ficticio ya que la YPF y la Ley de Nacionalización podrían ser respetadas. Los contratos incluían distintas cláusulas de pagos en forma de escalas tan complicadas y variadas que desafiaban cualquier análisis para críticas.

Julio V. Canessa, que hasta hace algunas semanas ostentó el cargo de Director del Gas del Estado y en varias otras ocasiones Director de la YPF, ha calculado que, construyendo distintas maestras conductoras y desarrollando los campos petroleros ya probados la Argentina podría convertirse en una nación con producción suficiente de petróleo para sus necesidades nacionales en un plazo de sólo tres años. Ha estimado que el costo sería de $1,000 millones, y podría ser amortizado a lo largo de un período de veinte años, que aumentaría el empréstito con los intereses a un pago de $1,780 millones. También estima que los contratos firmados con empresas extranjeras permitirán obtener las mismas metas, pero con un costo para la Argentina de $7,000 millones, basado en una inversión de $1,600 millones más $5,440 millones para ser devueltos a los monopolios en un período de veinte años. Canessa, considerado en su país como el sucesor de Mosconi en su devoción para alcanzar la meta de la independencia económica Argentina, fue despedido por sus quejas a Frondizi de hace algunas semanas. Sus cálculos sobre los costos de operación para petróleo del país por los monopolios extranjeros están bien fundados y se confirma en el informe del número de Mayo 1ro. de la revista **Petroleum Week**, y que un contrato de perforación recientemente concedido tiene un valor de "$50 millones". Además, sin poder ser medido en términos de dólares y centavos, Canessa me explicaba en Buenos Aires, que la desmoralización que se había infiltrado entre las filas de técnicos y de trabajadores de la YPF y de Gas del Estado tiene un resultado también contraproducente.

De acuerdo con el plan de Canessa para un programa de desarrollo rápido, la Argentina pudo haber contratado en una base de remuneración con varias firmas americanas y europeas que se especializan en el trabajo relacionado con petróleo. También es conocido que la compañía italiana petrolera del Estado, la ENI, se había acercado a Frondizi al poco tiempo de haber tomado posesión de su cargo, con un tipo diferente de proposición para formar una empresa italoargentina, similar a la organización que la ENI había llevado a efecto en Egipto y en Irán. Pero la ENI, inocentemente, llegaba demasiado tarde, ya que las firmas de los Estados Unidos habían controlado ya la situación desde meses antes.

Solamente una dictadura, oculta bajo la careta de las formas democráticas podía llevar a efecto la desnacionalización del petróleo de Argentina. El Presidente Frondizi no se atrevió a someter los contratos para la aprobación del Congreso, a pesar de que su partido dominaba ambas cámaras. Cuando la Federación de Trabajadores Petroleros declaró una huelga en defensa de la YPF, Frondizi solicitó el refuerzo del Ejército y ocupó las oficinas centrales del sindicato llevando a la cárcel a sus líderes. La ocupación militar continúa mientras que la prensa de los Estados Unidos explica a sus lectores que el incidente se debió a que los trabajadores petroleros eran peronistas y comunistas; la verdad es que fundamentalmente estos obreros argentinos están peleando por los intereses de su nación y representando la abrumadora mayoría del pueblo y de los sentimientos nacionalistas.

Estos contratos pueden con el tiempo llegar a ser nulos, y no tener ningún valor los documentos de estas concesiones. Los enemigos de Frondizi los declaran nulos y sin valor y han publicado avisos dirigidos a las compañías extranjeras de que estos pedazos de papel serán destruídos cuando Frondizi caiga. Aquí nos encontramos con el punto vital de este asunto ¿cuánto tiempo podrá durar Frondizi? El Presidente ha tenido mucho cuidado en ser generoso con la nómina de los oficiales del Ejército y además cuenta con el respaldo de los grandes bancos de Buenos Aires, los grupos de importadores (que es un factor político importante, a diferencia de lo que ocurre en los Estados Unidos), los latifundistas, los intereses creados, los grandes rotativos, Wall Street y el State Department. Opuesto al Presidente está la mayoría del pueblo. En las recientes elecciones provinciales, su Partido recibió un 30 por ciento menos de votos que en las anteriores, y sin lugar a dudas se puede asumir de que en su propio Partido se encuentra una mayoría de personas que no están de acuerdo con la política seguida en relación al petróleo. Los analizadores de noticias, en forma bastante cínica, han venido manifestando que Frondizi puede salvarse solamente actuando con "mano fuerte", o lo que es lo mismo, gobernando en forma antidemocrática, apoyándose en el Ejército. En esta situación de amenazas, recordemos las lágrimas vertidas por el **New York Times** y por otros campeones de la libertad de prensa sobre el triste destino del periódico "La Prensa" el rotativo más importante de Buenos Aires, en el período de Perón, y que ahora debieran observar cómo el mismo periódico **La Prensa** no puede publicar nada sobre la supresión de la prensa peronista y comunista en la Argentina, como tampoco lo ha hecho el "New York Times" en un solo número. La libertad de prensa puede ser un enfoque muy relativo.

II

Bastante diferente, pero con los mismos resultados finales, es la situación en Bolivia. La única negociación brillante en este desgraciado país fue el fantástico éxito de la YPF de Bolivia, entidad petrolera estatal, que logró transformar al país en pocos años de nación importadora de petróleo a nación exportadora. El petróleo es algo que está muy cerca de los corazones del pueblo boliviano por razón de la sangrienta guerra del Chaco. Este desgraciado conflicto de la selva fue motivo de lucha, según creen muchos bolivianos, porque la Standard Oil quería explotar el Chaco bajo una concesión con el gobierno de Paraguay. De la derrota y pérdida del Chaco resultó la expropiación de la Standard Oil y la formación del Movimiento Nacional Revolucionario, que alcanzó el poder en 1952, lanzando fuera del país a los barones del estaño y a los latifundistas, aboliendo el Ejército y armando a los trabajadores y a los campesinos.

En esta tierra, ciertamente, la historia parecía suponer que nunca más los intereses extranjeros del petróleo podrían ganar un pie de terreno. Mas de una cuarta parte del país había sido entregada a los intereses de los monopolios incluyendo zonas petroleras que había sido probadas como explotables y que estaban esperando por el desarrollo de la YPFB. Este control extranjero, quizás todavía más difícil de creer que el dominio de los recursos petroleros de Argentina, debe ser reconocido como un monumento a la astucia de Henry Holland, cuya reputación de "maquiavelo" de Latinoamérica parece bien ganada. Holland, que fue Secretario Auxiliar de Estado para Asuntos Latinoamericanos en la época de Dulles después de dedicar todos sus esfuerzos a favor de los intereses petroleros monopolísticos, recientemente renunció para convertirse en diplomático privado para atender los asuntos petroleros de los monopolios. Se dice en la Argentina, donde hay motivos para saberlo, que Mr. Holland colecciona presidentes latinoamericanos como muchos coleccionan sellos. Desde luego Holland ha tenido formidable ayuda financiera de la constelación que rodea al Fondo Monetario Internacional, especialmente en lo que respecta a Argentina y a Bolivia. Esta última se encuentra en pésimas condiciones económicas ya que con Haití, está en último lugar de los países de América con un per cápita de sólo $60.00 al año. Sus minas de estaño se encuentran casi agotadas y el pueblo depende de las plantaciones de coca como un narcótico para aliviar no sólo el dolor sino también el hambre y el frío. El Gobierno también se encuentra en una situación económica difícil y muy necesitado de dinero. ¿Dónde se puede conseguir efectivo sin recurrir a Wall Street? Mr. Holland tiene respuesta adecuada para las necesidades de Bolivia dénos los únicos recursos del país que tienen un valor convertible en efectivo: el petróleo. Esto ya se ha hecho.

Quizás el Presidente de Bolivia Hernán Siles Zuazo tenga tan poco respaldo popular en su política petrolera como la que recibe Frondizi, pero en el estado anárquico de la política de Bolivia resulta imposible conocer cifras que lo demuestran. El Sindicato de Obreros Petroleros, los estudiantes, y nosotros, podríamos juzgar que la gran mayoría de los intelectuales del país también están virtualmente opuestos a la negociación del petróleo boliviano, pero el país está en unas condiciones tan pobres y tan a bancarrota (el peso boliviano se cotiza a 12,000 por dólar) que algunos todavía justifican al Presidente Siles en su contrato con el Diablo. Esto resulta triste cuando consideramos a esta trágica tierra de América; el veredicto del pueblo sobre Siles puede darse a conocer muy pronto.

III

Las compañías petroleras extranjeras, delirantes con sus victorias sobre los pueblos de Argentina y de Bolivia, están concentrando ahora sus esfuerzos en el Brasil, y tienen buenas razones para hacerlo así. Este país representa aproximadamente la mitad de Latinoamérica, por su extensión territorial, población y recursos un bocado de riqueza para Mr. Holland y sus clientes. En el Brasil nos encontramos con la organización estatal de petróleo que ha tenido también éxito y que se conoce por Petróleo Brasileiro (Petrobras), que con orgullo muestra sus resultados y la potencialidad de sus campos, que le permiten confiar que la tierra del Amazonas todavía aumentará su rendimiento en su enorme cuenca petrolífera.

El Brasil, al igual que todo Latinoamérica, se encuentra en dura lucha por su economía. Su balanza de pagos, como en otros países, es desfavorable; el café como principal producto tiene un gran mercado, pero con un precio controlado, mientras que lo que el Brasil requiere comprar del exterior tiene que pagar un alto precio. Por lo tanto aquí también aparecen el Fondo Monetario Internacional, el Banco de Exportación e Importación, el Banco de Desarrollo y de Construcción y Wall Street —todos listos para apresar a Petrobras que es la víctima elegida.

Pero el Brasil es grande (más grande que los propios Estados Unidos quitando Alaska), grande en su grandeza (tiene enormes oportunidades de ser en los próximos 40 años con Rusia y los Estados Unidos, una de las tres grandes potencias mundiales). También presenta contrastes de mayor efecto en desarrollo económico, costumbres sociales y razas que entre el Norte y el Sur de los Estados Unidos. El Brasil ha sido un hueso duro de roer. La comedia de la embajadora norteamericana en Río de Janeiro, Clare Boothe Luce, con su designación y renuncia, obscureció el intento de Eisenhower-Dulles de situar seriamente a la esposa del propagandista más importante que controla el triunvirato de las revistas **Time-Life-Fortune** en una Embajada vital. Quizás sin darse cuenta, el Senador Morse salvó la vida del Petrobras, o por lo menos la prorrogó varios años, ya que ésta embajadora pudo haber representado un inmenso poder a favor de los monopolios petroleros por cuya defensa las revistas mencionadas tanto batallan.

Debido a la grandeza y diversidad del Brasil, se hace difícil encontrar fuerzas que unifiquen interiormente la economía del país. El movimiento obrero no está desarrollado, el campesinado está desorganizado y la clase financiera industrial que sí representa poder, todavía no tiene el prestigio de que esta clase disfruta en los Estados Unidos. Por lo tanto el Ejército, como depositario de la gloria nacional, y los estudiantes, son los que han actuado como fuerzas dominantes del nacionalismo. El resultado ha sido un curioso espectáculo de coroneles y generales que se han destacado en la política del Brasil; mientras que los inversionistas, importadores y empresarios adoraban el Becerro de Oro. Igual ocurría en la Petrobras, como compañía petrolera estatal manejada por coroneles —coroneles en traje civil, y con poca marcialidad al efectuar sus labores administrativas, tanto de las oficinas centrales en Río, como de las refinerías y pozos de petróleo. Siguiendo a los militares encontramos a los estudiantes, que serán los profesionales y técnicos del mañana de este país.

La Petrobras tiene sus problemas. El más importante radica en que no se ha descubierto el petróleo que se supone oculto en los ricos depósitos de la cuenca del Amazonas. Fue necesario que la Petrobras solicitara los servicios del geólogo más importante de la Standard Oil, que tampoco pudo encontrar petróleo que es como encontrar una aguja en un pajar cuando se considera lo impenetrable y extenso de la región que riega el río mayor del mundo. Los importantes campos próximos a la Bahía presentan otro problema peculiar —producen un petróleo crudo con parafina que por alguna razón no resulta de fácil refinación por las plantas construidas por las empresas de Estados Unidos para el Brasil, por no estar equipadas para el proceso completo. Por lo tanto, Brasil debe vender sus crudos en el exterior, a un precio bajo y pagar, a las compañías petroleras extranjeras, unos $250 millones al año por las importaciones.

La situación se presenta favorable para la intervención de los monopolios petroleros. El país está en una posición difícil; la balanza de pagos desfavorables puede ser atribuida principalmente a las importaciones de petróleo (¿pero por qué necesariamente a las importaciones de petróleo y no, por ejemplo, a las importaciones suntuarias de las clases adineradas?); La Petrobras no ha podido encontrar nuevos campos. Por consecuencia, que vengan los que saben encontrar el preciso líquido. La Petrobras tropieza con las dificultades, y la prensa, al servicio de los intereses monopolistas, pone en grandes titulares "no encuentran petróleo". El Presidente Juscelino Kubitschek quiere aprovecharse de la gloria de la Petrobras, si es que le queda alguna; y por otro lado si los tiburones del mar de petróleo que piden una víctima...

IV

La empresa petrolera estatal de Chile está también bajo la codiciosa mirada de los poderosos intereses extranjeros del petróleo. Por lo menos en este país no parece haber negocios turbios relacionados con la administración del Presidente Jorge Alessandri, quien efectuó su campaña política proponiendo expulsar a los politiqueros, equilibrar el presupuesto y practicar austeridad. El Presidente recibió treinta mil votos más que su oponente izquierdista y un aproximado del treinta por ciento del electorado total. El país no se asombró cuando el Presidente Alessandri solicitó poderes extraconstitucionales para poder cumplir los requisitos fijados por el Fondo Monetario Internacional y por los otros guardianes de la rectitud financiera en New York.

Además de cobre y nitratos, Chile tiene petróleo en la zona más allá de la tierra del Fuego. La Empresa Nacional del petróleo (ENAP) fue la pionera en el desarrollo de los campos productivos, y en la actualidad está ampliando una refinería cerca de Valparaíso para estar en condiciones de refinar más petróleo. Esta empresa ya es un éxito desde cualquier punto de vista, pero los



expertos monetarios de New York, detrás de los cuales los monopolios petroleros operan, llegan a la conclusión de que la ENAP no cuenta con recursos adecuados para encontrar más petróleo. Sólo los yanquis saben encontrar más petróleo y además al otro lado de los Andes son los yanquis los que están explotando los yacimientos de Argentina. En Santiago de Chile se sospecha que los poderes extraconstitucionales solicitados por el Presidente Alessandri serán usados para aprobar leyes petroleras y facilitar a una empresa mixta chileno-norteamericano la explotación petrolera.

V

Los latinoamericanos se indignan con justicia ante el constante reproche de que sólo los yanquis pueden encontrar petróleo y de que son lo únicos que tienen recursos financieros para hacerlo. Tanto en la Argentina como en Chile, las empresas del Estado han descubierto petróleo y han probado su eficiencia en el refinamiento del mismo. Debido a que la industria, gracias al consorcio económico mundial, representa utilidades inmensas, las empresas propiedad del Estado han encontrado la manera de financiar su expansión con sus propios recursos. Cuando son insuficientes, es perfectamente posible conseguir préstamos, como Petróleos Mexicano ha podido lograr. Así también, cuando se vayan a efectuar exploraciones extensas que requieran equipos y técnicos más allá de la capacidad de los recursos disponibles, siempre será posible que cualquiera de las firmas americanas independientes especializadas haga el trabajo a base de pago de servicios y alquiler de equipo.

Se puede especular sobre la ayuda técnica a los países subdesarrollados, pero estas especulaciones pueden conducirnos a un terreno prohibido, ya que tenemos las repetidas ofertas de ayuda de la Unión Soviética, Rumania, Polonia, y Checoslovaquia. El bloque de países orientales están haciendo todo lo necesario para ayudar a la India a buscar más petróleo, a construir refinerías, y facilitando equipo en todo el Oriente. Las condiciones ofrecidas son tan atractivas que los ojos de los latinoamericanos que trabajan en petróleo resplandecen, pero sus gobiernos encuentran la ayuda demasiado "peligrosa" para aceptarla.

VI

La empresa Colombiana de Petróleos (Ecopetrol) tomó a su cargo la concesión de la Standard Oil De Mares cuando ésta en 1951, dedicándose a desarrollar los campos petrolíferos estaban ya casi agotados. La refinería que formaba parte de la concesión fue arrendada de nuevo a la Standard bajo un curioso contrato que permite a dicha Compañía vender el petróleo y otros productos derivados a los precios basados en los de Texas. Esto significa que los colombianos deben pagar al precio de tres dólares por barril obtenido de petróleo crudo producido al costo de $0.40.

Las fuerzas pronacionalistas de Colombia solicitan que se cancele el convenio con la refinería y que no se concedan nuevos contratos, para que la Ecopetrol pueda expansionar sus operaciones. El Gobierno, integrado por una imperfecta alianza de dos partidos enemigos, al Conservador y Liberal, en cuya lucha por el poder han muerto durante los últimos diez años más de 300 mil colombianos, teme ofender a las compañías extranjeras atrincheradas en el país. Todo el mundo conviene en que si bien Colombia es soberana, los Estados Unidos podrían hacerle perder el mercado de su principal producto, el café, si tomara decisiones contra los intereses norteamericanos.

En el Perú, la Standard Oil posee la mayor concesión petrolera de Talara y está en proceso de controlar en el vecino Ecuador para obtener el principal campo petrolero de ese país. Es interesante destacar que sólo en el Ecuador se da el caso de que los intereses extranjeros sean propietarios por dominio de los campos de petróleo y no por concesión. Parece que el Rey de España en el siglo XVII habia concedido la tierra a uno de sus favoritos y que más tarde fue a parar a la mano de una firma inglesa para que en la actualidad sea del uso y disfrute de la Standard Oil. En consecuencia, en ninguno de estos dos países se ha integrado una empresa petrolera del Estado.

Uruguay es el único país de latinoamérica en que su ANCAP (Administración Nacional de Combustibles, Alcohol y Portland) refina todo el petróleo importado. Pero como en toda la América del Sur, la venta en su mayor parte está en manos de firmas extranjeras, como una herencia del siglo pasado cuando estos países no producían petróleo.

VII

De todos los paises al sur de los Estados Unidos, México es el único en que la empresa estatal tiene el derecho absoluto de producir, refinar y distribuir petróleo. Desde 1938, cuando las compañías extranjeras fueron expropiadas y se formó la entidad Petróleos Mexicanos (Pemex), ésta ha demostrado ser capaz de dominar con eficiencia las difíciles técnicas de esta industria, ser costeables y expansionarse. Además, la Pemex ha sido el principal factor en el notable crecimiento industrial de México, facilitando productos a precios inferiores a los del consorcio económico mundial. Con préstamos obtenidos en Nueva York, en estos momentos está financiando una tuberia maestra desde los nuevos pozos de gasolina de Tabasco para conectarlos con la meseta central, muy poblada y con muchas industrias. También está costeando otras ampliaciones con préstamos de paises europeos. Estas transacciones no obligan a desembolsos a largo plazo a costa del petróleo, sea cual fuera su efecto eventual sobre otros lazos financieros que obligan a México con Wall Street. La YPF hubiera podido concertar estos préstamos si el Fondo Monetario Internacional y el State Department no hubieran considerado que la Argentina tenía demasiado petróleo.

En México, como en otros países, la reacción mexicana se une con el capital extranjero en el ataque incesante a la sola idea de una empresa petrolera estatal. La última propuesta de la Standard Oil, la Shell y otras compañías es a base de que la Pemex venda parte de sus intereses a los monopolios para obtener el capital necesario. Si el capital extranjero se logra introducir siguiendo esta modalidad, la Pemex dejará de ser un ejemplo latinoamericano en materia de nacionalización del petróleo. En este momento crítico, en que el gobierno mexicano está reprimiendo la oposición dentro del movimiento sindical, burocrático y desmoralizado, los partidarios de la Pemex tienen motivos para alarmarse sobre su futuro.

VIII

Aunque voy a referirme a él en último lugar, el país más importante es Venezuela, que produce cuatro veces más petróleo que el resto de toda la América Latina. Este país no cuenta con una empresa petrolera estatal, excepto en el campo de las investigaciones petroquímicas, en que una entidad estatal ha comenzado a laborar con éxito. Pero los partidos políticos están de acuerdo en que debe crearse una entidad petrolera, para que el Estado controle el monopolio del mercado. El Presidente Betancourt, al igual que Frondizi, escribió un libro llamado "Política y petróleo", que era un ataque directo a los sistemas del consorcio mundial. Hasta ahora, Betancourt no ha cumplido lo que decía en el libro, y por otra parte mientras el consorcio de monopolios controle la mayoría de los mercados mundiales, Venezuela tendrá que seguir siendo esencialmente una nación prisionera dentro del imperio del petróleo, y su producción y precios seguirán siendo fijados en Rockfeller Center, y no en Caracas.

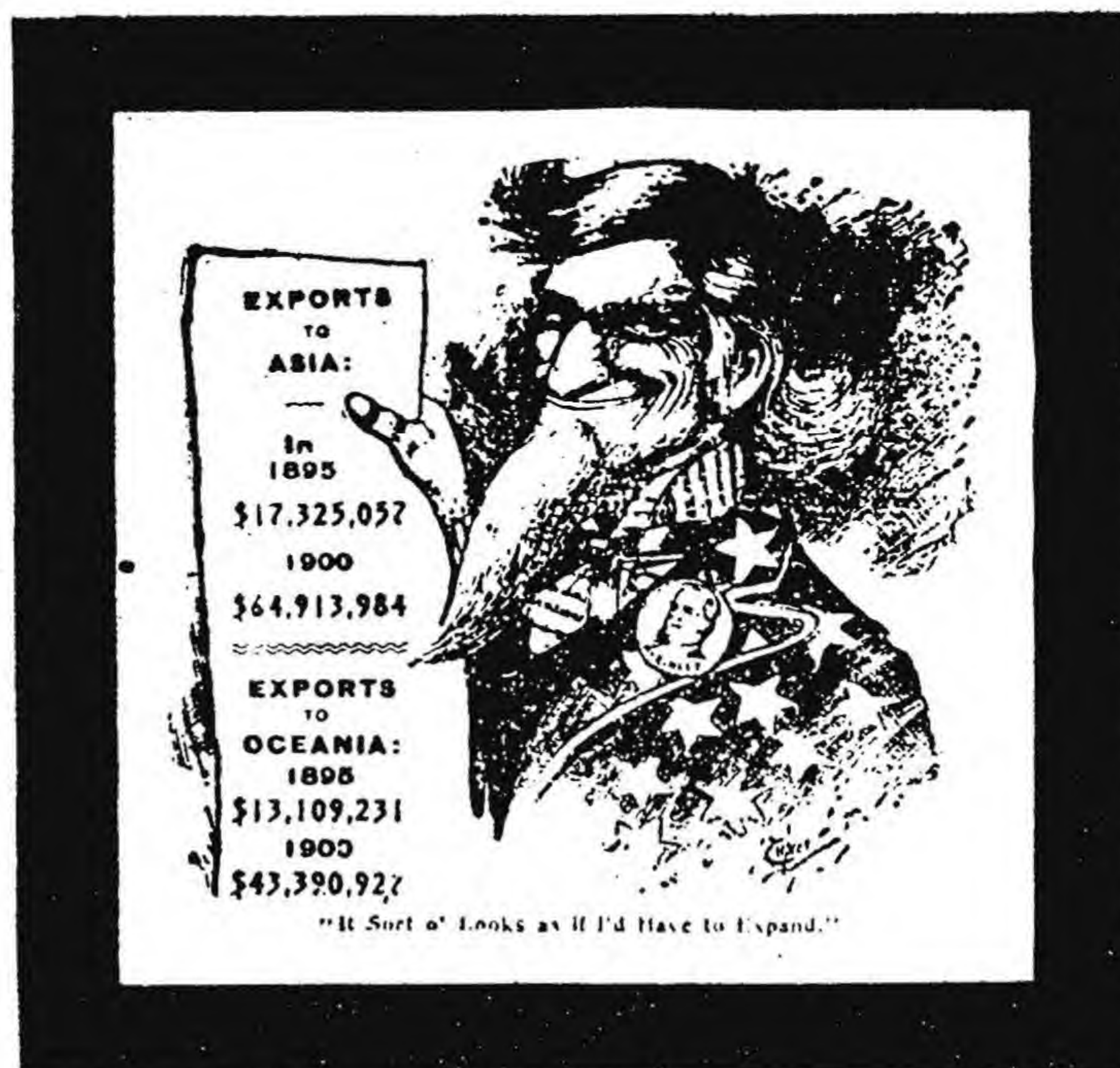
IX

La impresión más fuerte que recibimos en un viaje de cuatro meses por los países latinoamericanos fue la revelación de la alta moral, la dedicación y la competencia de los dirigentes y el personal de estas empresas petroleras estatales. En este tipo de industria; de técnica muy avanzada, los administradores, ingenieros y técnicos Latinoamericanos han demostrado su capacidad. En número creciente están estudiando en sus propias universidades, y algunos de los hombres más valiosos han estudiado en el extranjero. Más notable aún es la reputación de honestidad y eficiencia de estas empresas estatales, que contrasta en esos países con la corrupción de los gobiernos y con el excesticismo con que la población, tanto las clases pobres como las adineradas, consideran la administración estatal. La acusación de que las empresas estatales son burocráticas, ineficientes y quizás corrompidas, es desmentida en el caso del petróleo de un extremo de otro de la América Latina.

La reacción impone trágicos obstáculos a los hombres que trabajan en las empresas del Estado. Acosándolos en todas las épocas está el fantasma de la presión de los Estados Unidos, que emana de los grandes monopolios internacionales, de Wall Street y del State Department, y que trata de paralizarlos en sus esfuerzos por obtener la independencia económica y amenaza la existencia de las empresas estatales que administran. Si estos hombres parecen "radicales", es porque son patriotas y quieren que la pobreza y la miseria desaparezcan de sus países. Piensan no solamente como técnicos, sino también como ciudadanos, y su nacionalismo es reflejo del "internacionalismo" financiero de sus enemigos.

Todo esto sin analizar las transformaciones económicas y agrarias que tienden a convertir al antes soberano sitiero en dependiente o bracero a tarea o a jornal; y soslayando el complejo cuan riesgoso problema que va surgiendo del creciente latifundismo que en el siglo XX puede casi reproducir el fenómeno de las llamadas manos muertas conventuales, con territorios tan extensos que en otras partes serían provincias, con campos que son horizontes, con viviendas, servicios urbanos y hasta espectáculos, controlado todo ello por una sola voluntad privada y con frecuencia movida por impulsos centrífugos y disasociadores de los núcleos centrales y órganos soberanos de la Nación.

Fernando Ortiz,
La decadencia cubana, 1924.



Hace 25 años el campesino cubano se las arreglaba en el pedazo de tierra que producía todo lo que necesitaba... La llegada de la industria azucarera en gran escala ha alterado completamente su mundo. Ahora es parte de una gran empresa industrial, de la que recibe jornales y una vivienda. Ha cambiado, sin comerlo ni beberlo, una vida sencilla, ignorante pero virtuosa, por el vasallaje a un coloso extranjero. Su porvenir no le pertenece. Alguien lo decide por él en una oficina de directores en Nueva York.

Rev. Sylvester Jones,
El Heraldo Cristiano,
La Habana, 1925.

EL ANALISIS CIENTIFICO DEL IMPERIALISMO

por Carlos Rafael Rodríguez

En 1920 apareció en las librerías norteamericanas un libro que resultaba entonces insólito por el título: "El Imperio Americano". El libro cayó en las manos de un hombre apenas conocido entonces en nuestro país, pero que llegaría años más tarde a ser recordado como precursor y pionero. No era extraño que Carlos Baliño, compañero de José Martí en los días de la emigración y fundador con el Apóstol del Partido Revolucionario Cubano, se interesara en la lectura de aquella primera obra de Scott Nearing, hoy casi ignorada entre nosotros pese a que su "Diplomacia del Dólar" sirviera de educación a tantos antiimperialistas de los años 30. Baliño era marxista, y como marxista tenía que encontrar en las páginas de Nearing un enfoque nuevo, atemperado en medida notable a la realidad económico política que estaba tocando en su propia patria y que había comenzado a advertir en sus días de emigrado revolucionario, a finales de siglo, en los propios contornos estadounidenses. Por ello Carlos Baliño no se detuvo en la simple lectura. "Cuando acabé de leer el libro de Scott Nearing "The American Empire" —confiesa en el prólogo de la edición cubana—, sentí el vivísimo deseo de que se conociera en castellano". Le escribió a Nearing y éste dió de inmediato su consentimiento. "Quiero que en la América Latina se conozcan los hechos". De ese modo "El Imperio Americano", de Scott Nearing se convirtió, con la traducción de Carlos Baliño, fundador del Partido Comunista de Cuba, en el primer libro que circulara entre nosotros con el propósito de analizar científicamente el fenómeno moderno del imperialismo.

Lenin escribió su célebre trabajo en 1917. Pero las primeras traducciones que circularon en Cuba —y nos atrevemos a decir que en la América Latina—, no son anteriores a los años de 1928 ó 1930. Es posible que Nearing leyera "El Imperialismo fase Superior del Capitalismo" en alguna traducción inglesa; pero no parece probable, puesto que muchos de los errores de enfoque en que incurre los habría evitado con el auxilio de la perspectiva leninista. De un modo u otro lo interesante es comprobar cómo, al iniciarse la tercera década de este siglo, ya el fenómeno imperialista entraba en debate corriente.

Más de un cuarto de siglo antes, José Martí se había asomado al problema y había entrevisto sus principales rasgos. Hijo de la prisa por hacernos libres, Martí sólo pudo dedicarle al proceso imperialista la mirada del genio político que ve los peligros y examina las características; pero no tuvo el sosiego necesario para detenerse a examinarlo científicamente como lo haría Lenin poco después. Sin embargo, al leer los artículos de Martí en torno a la "Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América", se hace evidente que el gran anticipador comprendía el sentido de las transformaciones que se habían operado en el seno de la sociedad norteamericana y que habían hecho fracasar lo que Scott Nearing llamara en su libro "La Promesa de 1776", convirtiendo la república democrática proyectada en plutocracia regida por el capital financiero. Martí vió cómo surgía "el imperio americano" y se apresuró, con ilusión un tanto romántica, a "impedir a tiempo" que se apoderasen de las Antillas los Estados Unidos y se lanzaran, con esa fuerza de más, sobre las Repúblicas del Sur.

Hacía falta, sin embargo, algo más que comprender el peligro del fenómeno histórico que se realizaba ante la vista de los espectadores a finales del siglo pasado y en los primeros años del nuestro. Era necesario examinarlo científicamente como paso previo a su encaramiento político. El gran mérito de V. I. Lenin consiste en haberlo realizado hasta en sus menores detalles.

Cuando se lee "El Imperio Americano", por ejemplo, se percibe al punto que Nearing está preso en muchas de las categorías que sirvieron a lo largo de la historia para definir el imperialismo a la manera tradicional. Hay de su parte un esfuerzo por apresar lo nuevo en el fenómeno; pero no llega a acertar del todo. Nearing ha leído la obra de J.A. Hobson, que con la de Rudolf Hilferding, sirvieron a Lenin como punto de partida en su análisis. "Durante los últimos cincuenta años el coloniaje, la búsqueda de mercados extranjeros y la competencia por el control de los países "no desarrollados" —dice Nearing—, ha colocado las palabras "imperio" e "imperialismo" en una nueva categoría, donde se relacionan, no con el gobernante —sea rey o emperador—, sino con la extensión de los intereses comerciales y económicos. "El Imperialismo Financiero", de F. C. Howe y "El Imperialismo", de J.A. Hobson son primariamente económicos y sólo incidentalmente políticos".

Nearing, sin embargo, pasa a consignar "los rasgos característicos del imperio", para enumerarlos así:

1.—Territorio conquistado.
2.—Pueblos subyugados.
3.—Una clase imperial gobernante.
4.—La explotación de los pueblos subyugados y del territorio conquistado en beneficio de la clase gobernante.

(Obra citada, página 13.)

A poco que se examine se advertirá que uno de los rasgos de su análisis corresponde más a las nociones imperiales de las épocas de Roma o a la más moderna de España y de la Inglaterra isabelina que a lo esencial del imperialismo moderno. Para que éste exista no hace falta que se proyecte sobre un "territorio conquistado". Precisamente por su contenido económico, que Lenin diagnosticó a la perfección, el moderno imperialismo puede operar sin que esa dominación se identifique de manera externa con el colonialismo de otra época. El más voraz de los imperialismos contemporáneos ha funcionado sin territorios propiamente coloniales y aun permitiéndose el lujo de concederles a los que dominara una independencia nominal, como ocurriera en el caso de Filipinas.

El error conceptual de Nearing lo llevó a ver los primeros rasgos del imperialismo norteamericano en el apoderamiento de los territorios indígenas que tuvo lugar —a sangre y fuego—, durante todo el proceso inicial. No hay dudas de que en este crimen histórico —convertido por Hollywood en sementera de "hazañas' en que el hombre blanco juega siempre al héroe mientras el indio, como después el latinoamericano, debe reflejar toda la villanía posible— se preparó la "clase dirigente" del futuro imperio y se adiestraron los cuadros que iban a realizar, de manera menos cruenta, pero no menos implacable, la monopolización total de la economía yanqui. Pero el "imperio norteamericano" no surgió allí, ni podrían ser incluídos con propiedad los indios supervivientes como elementos subyugados de ese imperio que aparece ya a nuestra vista, con todos sus rasgos, en los primeros años de este siglo.

Lenin sí lo entendió cabalmente. El formidable analista se desentendió de todas las nociones tradicionales del imperialismo. Rebatió las interpretaciones fáciles —y nocivas—, de quienes, a la manera de Kautsky, pretendían reducir los límites de la nueva etapa a un simple proceso de crecimiento y expansión del capitalismo industrial.

"El imperialismo —decía Kautsky—, es un producto del capitalismo industrial en un alto grado de su evolución. Se caracteriza por la tendencia de cada nación industrial capitalista a anexionarse o a someter regiones agrarias cada vez mayores sin tener en cuenta las naciones que las pueblas."

En semejante definición, como enseguida lo señaló Lenin, se oculta la esencia misma del imperialismo. Porque lo que define a éste —y esa es la contribución que Lenin, sustentándose en el estudio de Hilferding introduce—, es que ya no se trata de un proceso que se desarrolla dentro del "capitalismo industrial" como sostiene Kautsky, sino de una manifestación propia de una "nueva fase" del capitalismo, de la fase financiera. "Lo característico del imperialismo, dirá Lenin en su réplica, no es justamente el capital industrial, sino el capital financiero."

La definición kautskiana contenía un segundo yerro. Porque el imperialismo moderno, aunque practica las anexiones territoriales, no depende de ellas. Y mucho menos se ejercita exclusivamente sobre los países agrarios. "Lo característico del imperialismo", arguye el autor de "El Estado y la Revolución", consiste precisamente en la tendencia a la anexión no sólo de las regiones agrarias, sino también de las más industriales". Y menciona, para corroborarlo, el apetito de los alemanes respecto a Bélgica y el de los franceses hacia la Lorena. Y en ese punto de su refutación menciona Lenin otro de los elementos distintivos de la época imperialista: el hecho de que ya el mundo estuviera repartido —en lo que a territorios coloniales concierne—, entre un número de grandes potencias antes de la madurez del imperialismo y que, en consecuencia, fuera necesario proceder a lo que él llamaba un nuevo reparto del mundo.

En el centro de todo este proceso se encontraba la sustitución del capitalismo premonopolista —el mal llamado "capitalismo de libre competencia", ya que la libre competencia no se manifestó jamás de modo cabal en la vida práctica—, por el capitalismo monopolista. El tránsito fue facilitado mediante la aparición del capital financiero, o sea, la fusión del capital bancario con el capital industrial dándoles a los bancos un nuevo papel en la economía.

Es precisamente ese capital financiero el que va a fungir como fuerza operante en todo el período imperialista que ahora entra en franca agonía histórica. En los tiempos de Roma el imperio se conquistaba con las legiones. En los días de la monarquía absoluta inglesa los piratas y corsarios tuvieron un papel junto a la flota imperial. Más tarde, según consignara Marx, fueron los productos baratos de la pujante industria inglesa de los primeros años del siglo XIX los que le abrieron el camino a Gran Bretaña más aún que los propios cañones de su armada. A partir de los días finales del pasado siglo será el capital excedente, el capital inversionista —capital financiero en su esencia—, el que determinará la primacía histórica de las diversas potencias coloniales.

Si examinamos las obras más salientes de las primeras décadas de este siglo, en todas ellas se encontrará algún rasgo de este nuevo fenómeno y, en ocasiones, hasta varios rasgos acumulados. El mismo libro de Scott Nearing —cuya reedición resultaría útil en estos días cubanos—, subraya con todo vigor el papel que corresponde en la nueva fase al "banquero de inversiones" y, como contrapartida del mismo, a los "países no desarrollados", sitios a donde será posible encontrar a aquéllos un lugar oportuno para colocar sus excedentes de capital que el bajo consumo de las masas de sus propios países no les permite invertir indefinidamente.

"En los siglos XVII y XVIII —escribe Nearing—, era el traficante que comerciaba en materia prima; en el siglo XIX era el manufacturero produciendo a bajo costo para competir con el precio de su vecino. Durante los últimos treinta años el banquero de inversiones ha estado en primera línea con sus esfuerzos para encontrar oportunidades seguras y lucrativas para disponer del superávit de riqueza encomendado a su cuidado..."

Lenin iría más lejos, sin embargo. Sólo él iba a incluir todos los elementos del proceso hasta realizar la síntesis necesaria. Como Marx, tan escrupuloso en anotar cuánto debía a sus predecesores —a diferencia de los intelectuales burgueses tan ansiosos de ocultar cuanto signifique un débito—, Lenin destaca lo que antes que él se realizara en el análisis científico del imperialismo. Al libro de Hobson lo califica como "una descripción excelente y detallada de las particularidades económicas y políticas fundamentales del imperialismo". De "El Capital Financiero", de Hilferding reconoce que, pese a sus errores, "constituye un análisis teórico extremadamente valioso de la fase moderna del desarrollo del capitalismo". Pero enseguida procede a analizar, punto a punto, las características esenciales del imperialismo para delimitarlas del modo que es ya clásico:

Concentración de la producción y surgimiento de los monopolios.
Nuevo papel de los bancos.
Surgimiento del capital financiero.
Exportación de capital.
Nuevo reparto del mundo entre las grandes potencias.

Lenin, conductor de la clase obrera y de los pueblos, no se limitó a fijar en qué consistía el imperialismo, sino que trazó también su destino en la historia. Comenzó por mostrar cómo el imperialismo era sólo una fase en el desenvolvimiento del capitalismo. Destacó los fenómenos de parasitismo y descomposición interna propios del período imperialista. Y concluyó precisando "el lugar histórico del imperialismo" para llegar a la conclusión de que se trataba no de un capitalismo en pleno poderío, como sus elementos externos podrían hacer creer, sino un capitalismo "agonizante".

Hace cuarenta y tres años, al aparecer el análisis de Lenin y un poco después, cuando Scott Nearing contribuía a situar el peligro del imperio americano naciente, era difícil comprender que ese imperialismo estaba herido de muerte desde su propio nacimiento. Hoy el mundo colonial se ha desgajado. Ante los ojos atónitos de un Eisenhower, de un Kennedy o de un Nixon, incapaces de comprender "las señales de los tiempos", porque los ciega su dependencia de un pasado que los alimenta física y espiritualmente, se levanta en el recinto de las Naciones Unidas que ellos creyeron refugio seguro, una palabra desafiante que sólo representa, en volumen físico, a seis millones de hombres, pero que repite ideas, esperanzas y lemas, de muchos cientos de millones. Y junto al discurso de Fidel Castro van apareciendo las votaciones independientes de representantes de pueblos negros que ayer no más eran reservario de mano de obra semiesclava y ahora no se resignan a ese humillante puesto.

Y es en este momento cuando se entiende mejor la certeridad de V. I. Lenin al contemplar el imperialismo en su declinación inevitable.

DOS Cartas ELOCUENTES

El anexionismo en el caso de Cuba fue una cruda manifestación de la idea imperialista, ya claramente definida en los Estados Unidos hacia 1880, con la consolidación de la Unión y el auge de la gran empresa. Al menosprecio cultural, se une la admiración codiciosa ante la riqueza de la isla vecina y el cálculo frío de cómo liquidar un excedente del Tesoro. Para el imperialismo los seres humanos, individualmente, siempre contaron poco.

José Martí contestó a estas dos cartas con su famosa Vindicación de Cuba, **en la que destruyó el crudo y frío razonamiento de los especuladores en naciones.**

Publicado en "The Manufacturer" Filadelfia, el 16 de marzo de 1889.

Se viene afirmando con alguna insistencia que el Gobierno actual considerará seriamente el proyecto de invitar a España a que venda la Isla de Cuba a los Estados Unidos. No se sabe aún de seguro si el Presidente y sus consejeros tienen realmente esta intención; pero la noticia no es de tan loca improbabilidad que esté fuera de propósito discutirla. Que España consintiese en ceder la Isla por una suma considerable, está muy en lo posible. España es pobre, y Cuba ha sido tan esquilmada por la rapacidad y mal gobierno de los españoles, que ya no es la mina rica que era antes. En ninguna parte se ha comprobado mejor que en la Isla, que el poder absoluto en manos de funcionarios corrompidos lleva rápidamente a la ruina y a la bancarrota. No es exagerado suponer que al político español, que no puede esperar ya enriquecerse robando a Cuba, se le haga la boca agua al pensar en el gran sobrante del Tesoro americano.

Hay mucho que decir en favor de nuestra adquisición de la Isla. La empresa halaga la imaginación. Cuba, por lo que puede dar de sí, es la más espléndida de las Antillas. Se levanta en medio del Golfo que nos limita por el Sur. Domina ese vasto campo de agua. La nación que la posea tendrá el señorío casi exclusivo de las avenidas a cualquiera de los canales interoceánicos. En Cuba están las bahías más hermosas de toda esa región. Está tan cercana a la Florida, que la Naturaleza parece indicar su afiliación a la nación que domine este continente. Su capacidad productiva no es aventajada por la de ninguna otra porción del globo terráqueo. Su tabaco es el mejor del mundo. Es el suelo favorito de la caña. Y su adquisición nos emanciparía inmediatamente de todo el universo en nuestra provisión de azúcar. Allí prosperan todos los frutos tropicales. Adueñarnos de la Isla sería extender los límites de nuestra producción de lo subtropical a todo lo del trópico. Casi no habría entonces fruto alguno de cuantos da la tierra que no se produjera dentro de nuestros dominios. Ya tenemos ahora todo lo que se cría entre el hielo de Maine y los naranjos de la Florida. Entonces tendremos las sustancias que requieren un sol vivísimo y un amparo total de los riesgos del hielo. Abriremos además un nuevo y gran mercado para todo lo que ahora producimos, y ese mercado estará enteramente en nuestro poder. Podemos hacer con él lo que nos plazca. Cuba tiene ahora millón y medio de habitantes. En cinco años, bajo nuestro gobierno, podría doblarse esta población. Estas ventajas no pueden dejar de atraernos. Merecen atención. La energía americana llevada a aquella Isla, con un gobierno libre, bajo el imperio de la ley y el orden, con la seguridad de la hacienda y la vida, dueño el esfuerzo humano de emplearse en todas sus vías propias, haría de Cuba lo que una vez fue, un productor de riqueza, de poder y fecundidad maravillosos.

Pero el asunto tiene otro aspecto. ¿Cuál será el resultado de la tentativa de incorporar a nuestra comunidad política una población tal como la que habita la Isla? Ni un solo hombre entre ellos habla nuestro idioma. La población se divide en tres clases: españoles, cubanos de ascendencia española, y negros. Los españoles están probablemente menos preparados que los hombres de ninguna otra raza blanca para ser ciudadanos americanos. Han gobernado a Cuba siglos enteros. La gobiernan ahora con los mismos métodos que han empleado siempre, métodos en que se juntan el fanatismo a la tiranía, y la arrogancia fanfarrona a la insondable corrupción. Lo menos que tengamos de ellos será lo mejor. Los cubanos no son mucho más deseables. A los efectos de los hombres de la raza paterna unen el afeminamiento, y una aversión a todo esfuerzo que llega verdaderamente a enfermedad. No se saben valer, son perezosos, de moral deficiente, e incapaces por la naturaleza y la experiencia para cumplir con las obligaciones de la ciudadanía en una república grande y libre. Su falta de fuerza viril, y de respeto propio está demostrada por la indolencia con que por tanto tiempo se han sometido a la opresión española; y sus mismas tentativas de rebelión han sido tan lastimosamente ineficaces que se levantan poco de la dignidad de una farsa. Investir a semejantes hombres con la responsabilidad de dirigir este gobierno, y darles la misma suma de poder que a los ciudadanos libres de nuestros Estados del Norte, sería llamarlos al ejercicio de funciones para las que no tienen la menor capacidad.

En cuanto a los negros cubanos están claramente al nivel de la barbarie. El negro más degradado de Georgia está mejor preparado para la Presidencia que el negro común de Cuba para la ciudadanía americana. Podríamos arreglarlo de modo que la Isla quedase como un territorio o una mera dependencia; pero en nuestro sistema no hay lugar para cuerpos de americanos que no sean, o que no puedan aspirar a ser, ciudadanos.

La única esperanza que pudiéramos tener de habilitar a Cuba para la dignidad de Estado, sería americanizarla por completo, cubriéndola con gente de nuestra propia raza; y aún queda por lo menos abierta la cuestión de si esta misma raza no degeneraría bajo un sol tropical y bajo las condiciones necesarias de la vida de Cuba. Estos son hechos que merecen cuidadosa atención antes de que se consume ningún proyecto para la adquisición de la Isla. Podríamos hacernos de Cuba a un precio muy bajo, y pagarla todavía cara.

UNA OPINION PROTECCIONISTA SOBRE LA ANEXION DE CUBA

Publicado en "The Evening Post", New York, el 21 de marzo de 1889.

The Manufacturer de Filadelfia es el único órgano declarado del proteccionismo en el país que está dirigido capazmente.

The Manufacturer publica en su último número un artículo sobre la compra y anexión de Cuba a los Estados Unidos.

Se afirma que este proyecto está en la mente del nuevo Gobierno, o del nuevo Secretario de Estado. Se ha dicho que la compra de Cuba consumiría el sobrante del Tesoro, y haría desaparecer la necesidad de rebajar los aranceles durante un plazo indefinido con la admisión del azúcar libre, puesto que Cuba produce este artículo en cantidad suficiente para cubrir nuestro consumo, y, desde que entrase en la Unión, sus frutos estarían exentos de derechos. De este modo desaparecían de una vez $58,000,000 de ingre-

sos, además de varios millones que hoy se cobran por derechos sobre tabaco en rama y elaborado, naranjas, hierro y otros artículos de que Cuba nos provee, o pudiera proveernos. Sobre estas ventajas fiscales, se arguye que Cuba ofrece un vasto campo para "desarrollo", bajo la inspiración de la energía y el capital americanos.

Parece que estas consideraciones debieran recomendar el proyecto calurosamente al proteccionismo. De esa manera queda resuelto uno de los problemas más difíciles que los partidarios del arancel prohibitivo tienen que afrontar, siempre que España estuviera dispuesta a ver la idea con favor. Nos causa, pues, cierta sorpresa, que el primer órgano proteccionista del país, se oponga enérgicamente al proyecto. The Manufacturer cree que el proyecto es mal calculado, peligroso e inadmisible. Sus argumentos son poco más o menos los mismos que habríamos empleado nosotros, a no habérsenos anticipado el Manufacturer. Ni podría nadie haberlos expuesto mejor. Dice el colega así:

"La población se divide en tres clases: españoles, cubanos de ascendencia española, y negros. Los españoles están probablemente menos preparados que los hombres de ninguna otra raza blanca para ser ciudadanos americanos. Han gobernado a Cuba siglos enteros. La gobiernan ahora casi con los mismos métodos que han empleado siempre, métodos en que se juntan el fanatismo a la tiranía, y la arrogancia fanfarrona a la insondable corrupción. Lo menos que tengamos de ellos será lo mejor. Los cubanos no son mucho más deseables. A los defectos de los hombres de la raza paterna unen el afeminamiento, y una aversión a todo esfuerzo que llega verdaderamente a enfermedad. No se saben valer, son ociosos, de moral deficiente, e incapaces por la naturaleza y la experiencia para cumplir con las obligaciones de la ciudadanía de una república grande y libre. Su falta de fuerza viril y de respeto propio está demostrados por la indolencia con que por tanto tiempo se han sometido a la opresión española; y sus mismas tentativas de rebelión han sido tan lastimosamente ineficaces, que se levantan poco de la dignidad de una farsa. Investir a semejantes hombres con la responsabilidad de dirigir este gobierno, y darles la misma suma de poder que a los ciudadanos libres de nuestros Estados del Norte, sería llamarlos al ejercicio de funciones para las que no tienen la menor capacidad".

Todo esto lo reiteramos con énfasis nosotros, y aun se puede añadir que si ya tenemos ahora un problema del Sur que nos perturba más o menos, lo tendríamos más complicado si admitiésemos a Cuba en la Unión, con cerca de un millón de negros, muy inferiores a los nuestros en punto a civilización, y a quienes se ha de habilitar, por supuesto, con el voto, y colocar políticamente al nivel de sus antiguos dueños. Si Mr. Chandler y el Gobernador Foraker pueden a duras penas soportar el espectáculo que diariamente contemplan en los Estados del Sur, de negros defraudadores del voto, ¿cuáles serían sus padecimientos cuando les cayese también sobre los hombros la nueva responsabilidad de Cuba? ¡Imagínese una Comisión especial del Senado yendo a Cuba a recoger pruebas del fraude del voto, del negro! En primer lugar, las dificultades del idioma serían invencibles, porque el español que se habla en los ingenios es más difícil de aprender que el de las provincias vascongadas. El informe de semejante Comisión sería burlesco de veras, o pondría al Congreso en angustiosos apuros.

Lo probable es que nos veamos libres de un castigo tal como la anexión de Cuba, por la negativa de España a vender la Isla, un despacho de Madrid dice que el Ministro Moret, respondiendo ayer a una interpelación en el Senado, declaró que España no aceptaría tratar sobre oferta alguna de los Estados Unidos para la compra de la Isla; y como si esta afirmación no fuera terminante, añadió que no había dinero bastante en el Universo entero para comprar la porción más pequeña de los dominios españoles. Esta declaración cierra probablemente por los cuatro años próximos la cuestión de Cuba; y nos deja el sobrante del Tesoro tan amenazador como siempre.

La Literatura en el Imperio: IMPOTENCIA

por Edmundo Desnoes

Los escritores no constituyen una clase social independiente. El escritor que se considera "por encima" del mundo que lo sostiene, en realidad se encuentra "por debajo" de lo que rechaza. Puede contorsionarse en todas las piruetas posibles para justificar su posición, pero siempre se encontrará con que su obra cumple una función. Su actitud siempre favorece directa o indirectamente a una clase social determinada. La literatura forma parte integral de la historia.

El artista ocupa actualmente en Estados Unidos una posición ambigua. Entretiene a una burguesía desilusionada y aburrida al mismo tiempo que la condena y desprecia. Habla de libertad y voluntariamente restringe el alcance de sus creaciones. Mientras el imperialismo económico de su país mantiene al mundo al borde de un holocausto atómico los escritores norteamericanos se refugian en un mundo subjetivo que se muerde la cola o en un ambiente exótico donde escapan a las presiones de su medio verdadero. Todo esto ha creado una contradicción constante en la psiquis del escritor norteamericano. Odia a los poderosos que indirectamente tiene que servir. No se atreve a atacar a los responsables de su extrañamiento.

El escritor moderno —hablo a partir de la Revolución Francesa— ha sido traicionado por la burguesía capitalista que ayudó a entronizar. A partir del siglo XVII el escritor occidental defendió a la burguesía en contra de la aristocracia. El literato se creyó que en realidad la burguesía defendería los derechos de los muchos en lugar de derrocar a la aristocracia para consolidar los intereses de unos pocos.

La burguesía desprecia la cultura y sólo aspira a crear un imperio de mercachifles y especuladores. La máxima aspiración del capitalismo es enriquecerse comerciando y explotando a los que necesitan venderse para comer. Pero para ello necesitaba una justificación y la encontró en los conceptos revolucionarios de libertad, fraternidad, igualdad y justicia. Estos conceptos no fueron más que la máscara que le sirvió para llegar al poder y ahora le sirve para mantenerse en él. Conceptos que nunca tuvo intención de poner en efecto.

En definitiva el imperialismo norteamericano no es más que eso: una minoría de mercachifles que utilizan la libertad y la justicia para esconder sus sumas y multiplicaciones a costa de restarle fuerzas al pueblo y dividirlo.

Entremos ahora a analizar en detalle la situación del escritor en la "entraña del monstruo". Estados Unidos no fue siempre un país imperialista. Primero por razones geográficas y luego por razones de organización económica, dominaron otras motivaciones en la historia del país. Antes de consolidarse Angloamérica, tenía que extender la Pradera hasta el Océano Pacífico, tenía que poblar y encinchar su propio territorio. El historiador francés Alexis de Tocqueville pronosticó ya en 1833 la expansión imperialista norteamericana: "Más allá de las fronteras de la Unión se extienden, del lado de México, vastas provincias que carecen todavía de habitantes. Los hombres de los Estados Unidos penetrarán en esas soledades antes de aquellos mismos que tienen derecho a ocuparlas. Se apropiarán el suelo, se establecerán en sociedad y, cuando el legítimo propietario se presente al fin, encontrará el desierto fertilizado y extranjeros tranquilamente asentados en su heredad. La tierra del Nuevo Mundo pertenece al primer ocupante, y el imperio es allí el premio de la carrera".

Las tenazas de la expansión física de Estados Unidos se detuvieron en México —después de robarle la mitad de su territorio a este país en 1848— y en Cuba —después de apoderarse de Filipinas y Puerto Rico en la guerra entre España y Estados Unidos—. Pero esta expansión física sólo se detuvo para ser substituida por la expansión económica. No fue hasta después de la depresión económica de la década de los treinta y la II Guerra Mundial, que Estados Unidos recogió todos los hilos dispersos de un imperio económico expansivo y depredador.

Durante toda esta etapa el escritor disfrutó en Estados Unidos de una libertad relativa. Aunque la entraña del sistema era la consolidación de un imperio económico que despreciaba la cultura, los líderes del país tenían problemas más serios que restringir el alcance de la literatura. Por eso Mark Twain pudo analizar la corrupción de los políticos y la discriminación racial en sus libros y comentarios. Henry David Thoreau denunció las intenciones expansionistas de Estados Unidos en la guerra con México y se negó a pagar los impuestos yendo a parar a la cárcel. Más tarde encontramos las novelas de Frank Norris y Teodoro Dreiser, novelas que no se quedan por las ramas y van de la vida individual a una acusación del sistema inhumano.

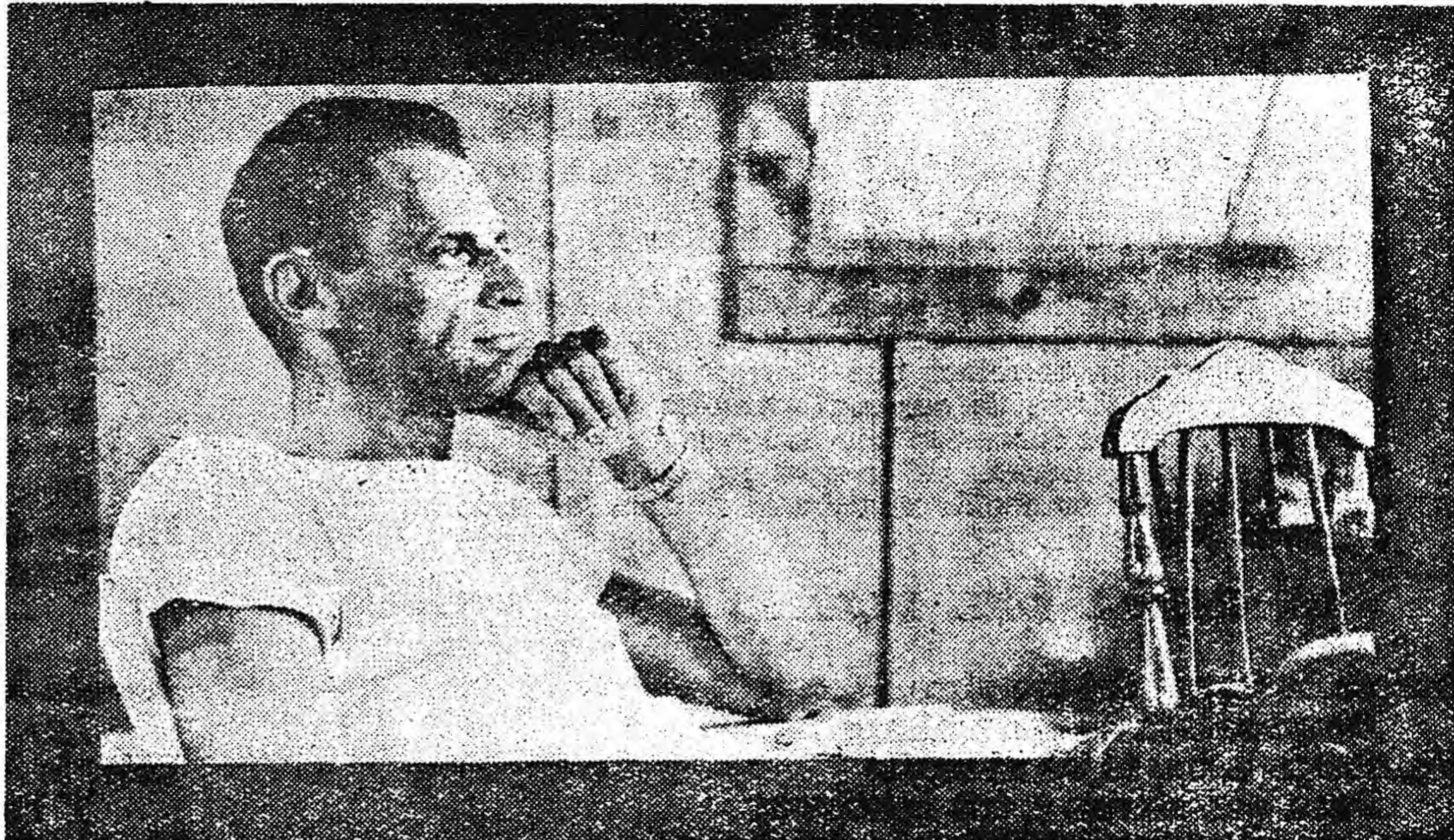
Pero después de la Segunda Guerra Mundial, después de vencer a sus competidores más fuertes en Europa y Asia: Alemania y Japón, y lanzar la primera bomba atómica para afirmar indubitablemente su supremacía, Estados Unidos consolida su imperio presentando sus intenciones en el suave guante de la libertad y la democracia. Dentro estaba la garra agresiva. Dentro estaba ya un imperio consolidado.

A partir de ese momento comenzó la estrangulación del intelectual y el artista en Estados Unidos. En la última gran novela norteamericana que aspiraba a abarcarlo todo. **Los desnudos y los muertos** de Norman Mailer, el general Cummings declara: "Durante los últimos cien años la historia mundial ha tendido hacia una consolidación cada vez mayor del poder... Ya en Estados Unidos los hombres influyentes, esto te lo puedo asegurar, están comprendiendo por primera vez en nuestra historia su verdadero objetivo. Ya lo irás viendo. Después de la guerra nuestra política exterior va a ser más desnuda, menos hipócrita que durante el pasado. No vamos a continuar tapándonos los ojos con la mano izquierda mientras la derecha extiende su garra imperialista".

El general no se equivocó como lo demuestra el caso de Cuba. Pero el teniente Hearn, a quien el general trataba de convencer no vivió para verlo. Murió en una isla del Pacífico luchando contra el militarismo japonés. En realidad, la muerte del teniente Hearn es la muerte del escritor norteamericano que aspiraba a abarcarlo todo con mirada de águila.

Después de la guerra surge en Estados Unidos un cazador de brujas: el senador demócrata Joe McCarthy. Fue el que castró a los intelectuales de izquierda, el que sembró el terror entre los artistas, obligándolos a refugiarse en la torre de marfil, en un sicologismo estéril. Aunque posteriormente McCarthy sufrió una derrota en el Congreso, su espíritu sigue inhibiendo a los intelectuales y artistas.

La sobada libertad que disfruta actualmente el escritor norteamericano —y efectivamente la disfruta— se limita a su vida personal, subjetiva, a sus simpatías y antipatías. Pero sus protestas nunca trascienden. Cuando ha tratado de trascender a la crítica social, como en el caso del dramaturgo Arthur Miller, se le lleva ante un comité del Senado. A Miller se le presionó para que delatara a los compañeros que en una ocasión lo acompañaron a un seminario sobre literatura y marxismo. Por temor o desilusión, hoy Miller se ha refugiado en su vida conyugal con Marilyn Monroe. Lo último que ha escrito es un guión de cine, **The Misfits** (Los desajustados), sobre un



Arthur Miller: resistió al sistema y fue perseguido.

triángulo amoroso. Sin embargo, es probable que Miller todavía dé que hacer a las fuerzas macarthystas.

Otro caso similar es el de Mailer. Sus ataques contra el sistema y la vida norteamericana han topado con el vacío. Se le ha ignorado y aislado. Todos reconocen que **Los desnudos y los muertos** es una gran novela, pero insisten en que el autor debía limitarse a la literatura en lugar de luchar por sus ideas políticas. En gran medida el ambiente cultural del país ha logrado desequilibrar a Mailer: sus últimas dos novelas son alardes pirotécnicos en que su frustración social trata de salvarse mediante una sexualidad agresiva. Frente a una sociedad que ha colocado al mundo al borde de un holocausto mundial, Mailer sostiene que "la única respuesta que puede continuar alentando la vida es aceptar los términos de la muerte, vivir con la muerte como peligro inmediato, divorciarse de la sociedad, existir sin raíces…"

Esta es la respuesta desesperada que encuentran muchos escritores ante un sistema que los mutila. La libertad declarada del escritor norteamericano es sólo libertad para moverse dentro de la cárcel de su ego, y no libertad para cambiar el ambiente que le ha tocado vivir. Mailer ha definido su desarraigo identificándose con la opresión de los negros, que después de cien años de "libertados" continúan viviendo al margen de la sociedad como ciudadanos de segunda categoría. Por ello Mailer califica a los que comparten su desarraigo de "blancos negros".

Otros escritores, como Tennessee Williams y Paul Bowles, se han dado completamente por vencidos. Bowles hace años que vive fuera de Estados Unidos, en Tánger. Williams se ha dedicado a destacar la violencia sofocada que yace detrás del conformismo impuesto por el **American way of life.** En una de sus últimas obras teatrales, **Orpheus Descending,** Williams clasifica a los hombres en tres tipos: "los que compran, los que se venden y los fugitivos". Los fugitivos son los que no aceptan el horror de una civilización de compra-venta.

Durante los últimos treinta años la literatura norteamericana se ha ido reblandeciendo. Frente a escritores maduros como Dos Passos, Faulkner y Hemingway, parecen mujeriles y pasivos Tennessee Williams, Paul Bowles, Truman Capote y Jack Kerouac. Inclusive algunos de los escritores de la década de los treinta han depuesto las armas. Dos Passos, después de desnudar la injusticia y la soledad del hombre norteamericano en su trilogía **U. S. A.,** ha acabado renegando de sus novelas revolucionarias y transformándose en un escritor reaccionario y amargado. El propio Hemingway, después de su incursión en la novela social (**Tener o no tener**) ha optado por escribir sobre el valor que necesita el hombre para sobrevivir en este mundo injusto. La amistad de los hispanos es de lo poco que parece quedarle a este león de la literatura norteamericana después de su desilusión con la vida de su país.

La agresividad inicial de estos escritores surgidos después de la Primera Guerra Mundial es el reflejo de un sistema en crisis. La novela social de la década de los treinta es el resultado de la quiebra de la bolsa y de la depresión. Pero una vez que el capitalismo encarriló el sistema a través de los controles estatales de la economía, el escritor vió destruídas sus esperanzas de transformar la vida norteamericana. Los escritores posteriores aceptaron sin luchar su posición pasiva e insignificante mientras las grandes corporaciones que controlan al país se distribuían las ventajas del poder. Nada más revelador de la decadencia de la literatura en Estados Unidos que los nombres de las dos promociones literarias surgidas durante los últimos treinta años: La Generación Perdida y luego La Generación Derrotada.

Esta última generación literaria está dominada por un espíritu derrotista prefieren escaparse de todo a través de las religiones orientales, la música de jazz y las drogas. Se han colocado al margen de la sociedad. No comprenden que de "los Estados Unidos que tose toda la noche y no nos dejan dormir", como declara el poeta Allen Ginsberg, no se puede huir dándole la espalda y sucumbiendo a los paraísos artificiales del peyote y la marihuana.

Mientras el escritor se debate entre las protestas de su conciencia y su incapacidad para organizarse y luchar para derrocar el sistema que lo mantiene invertebrado, el sistema se aprovecha de él alardeando de que disfruta de libertad. Los defensores de Estados Unidos siempre hablan de la libertad que existe en el país para que el artista y el intelectual se expresen sin restricciones. Pero basta con rascar un poco este concepto de libertad cultural para observar como se desmorona.

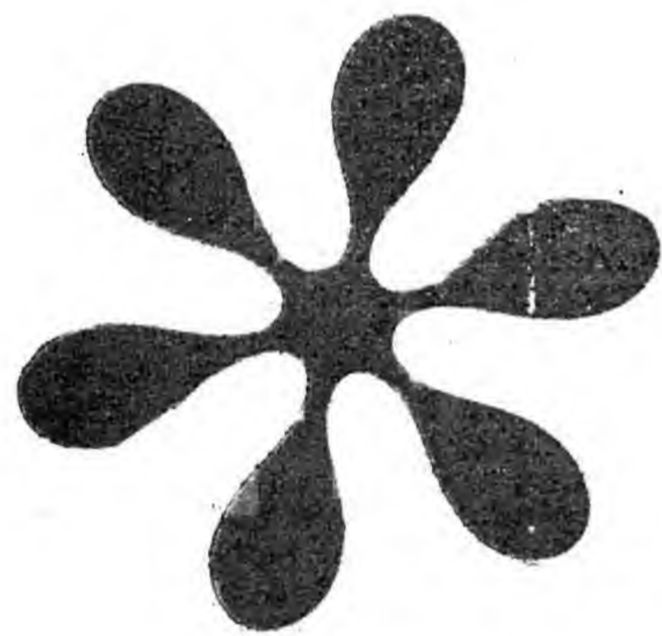
El escritor puede disfrutar de libertad condicional en Estados Unidos porque vive al margen de la sociedad, porque dentro del capitalismo el escritor es un paria y un intruso. Esta libertad tiene una condición: no puede ser utilizada contra el derecho a repartirse el mundo. En su etapa actual el imperialismo ha logrado convencer al escritor que es de "mal gusto" referirse a las injusticias sociales y a la explotación del hombre por el hombre, porque los escritores no entienden de eso. Encima de emplearlos para vanagloriarse de poseer un sistema libre, los imperialistas castran a sus escritores.

El escritor que se considera aparte de la política y la sociedad, se engaña. Cumple la función deshonesta del médico del chiste que aliviaba el dolor de oído sin sacar jamás el frijol que lo producía. Así el artista se hace cómplice indirecto del crimen.

Quiero aclarar que esto no es un ataque a la literatura norteamericana sino a los límites que se ha impuesto. A la estrechez que ha aceptado para funcionar debido a la presión de un sistema económico imperialista. Dentro de estos límites la literatura norteamericana es excelente. Autores como Mark Twain, Walt Whitman y Ernest Hemigmway han contribuído a la creación de una lengua y un estilo democrático, un estilo accesible a los muchos, al pueblo medio. Han creado un instrumento que empleado dentro de un horizonte más amplio y una sociedad más sana, podría convertirse en un clasicismo popular.

Aun dentro de estas limitaciones, los escritores norteamericanos han dado una idea bastante clara de la situación espiritual del sistema. Nos han enseñado que está enfermo. A través de la reciente literatura norteamericana, podemos descubrir que hay algo podrido en el **American way of life.**

En el fondo, la literatura que produce el imperio es el barómetro de un sistema enfermo y viciado de raíz. Surgió de una mentira. Se mantiene gracias a una mentira. A pesar de la ambigüedad y truculencia de la literatura del imperialismo del dólar, el lector inteligente podrá ver que el escritor está sentado encima de un polvorín que tarde o temprano explotará para que irrumpa la clase traicionada: los muchos que en un principio pensaba el escritor moderno que defendía.



KIPLING: UN CASO EXTREMO



El caso Kipling confirma la afirmación de Varona de que con mucha facilidad los hombres elaboran doctrinas para justificar intereses materiales. Kipling dió categoría intelectual al imperialismo europeo, y en especial al británico; expresó en lenguaje poético la conquista del hombre de piel oscura por el hombre rubio, y su dominación; justificó el imperio en términos que querían ser intelectuales, pero que no pasaban de ser sentimentales y patrioteros. Pero Kipling en su época fue uno de los autores más leídos de todo el mundo inglés. ¿Y es raro que así fuera cuando el artista le daba contenido moral a la sórdida faena de la conquista colonial?

LA CARGA DEL BLANCO

Acepta la Carga del Hombre Blanco
Despréndete de tus mejores frutos
Ve, obliga a tus hijos al exilio
Para que sirvan a tus cautivos;
Para que atiendan armados junto al arnés,
A las necesidades de gentes agitadas y salvajes
Tus nuevos prisioneros, gente resentida,
Mitad demonios y mitad criaturas.

Acepta la Carga del Blanco:
Soportar con paciencia,
Velar la amenaza del terror,
Y refrenar toda muestra de orgullo;
Hablar clara y llanamente,
Simplificando hasta la saciedad,
Buscar la utilidad de otros,
Conseguir ganancias para otros.

Acepta la Carga del Blanco
Las salvajes guerras de la paz
Llénale la boca al hambre
Y haz cesar la enfermedad;
Y cuando ya esté cerca la victoria
El fin que persigues para los demás,
Contempla cómo la incuria y la locura paganas
Conviertan tus esperanzas en cenizas.